BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LAS LUNAS DE THORGAN

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



LAS LUNAS DE THORGAN

Título Original: *Las Lunas De Thorgan*

Colección: La Conquista Del Espacio 198
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.42
Generado por: Anset, 02/08/2012

Prefacio

Creo que nunca lo olvidaré.

Nunca. Por muchos años que viva, no podré olvidarlo. Es una de esas cosas que dejan huella imperecedera para toda una vida.

Aquí me voy a limitar a dejar una constancia humilde de su paso por mi existencia. Paso fugaz, sorprendente, insólito... e increíble, lo admito.

Todavía lo dudo yo mismo. A veces vuelvo la vista atrás y me pregunto si ello fue posible. Si, realmente, aquella noche tuve yo la visita que provocó todo.

Lo cierto es que no tengo medio alguno de comprobarlo. Ni tampoco de rechazarlo como algo que inventó mi mente.

Es verdad que estaba solo, trabajando en un original que debía entregar urgentemente a mi editor. Es verdad que nadie, excepto yo, se hallaba en casa cuando sonó el timbre y acudí a abrir la puerta a quienquiera que tuviese la ocurrencia de llamar a mi casa a tan avanzadas horas de la noche, ya en el filo mismo de la madrugada.

Pero lo cierto es que dejé mi trabajo y acudí a abrir.

Me sorprendió la presencia del desconocido. Me sorprendió y, debo admitirlo, también me inquietó. El hecho de estar solo y abrir aquella puerta a una persona a quien jamás había visto antes de ahora, a semejantes horas, me hizo sentir culpable de una imprudencia evidente.

Sin embargo, el hombre no hizo la menor acción hostil hacia mí. Se limitó a mirarme. A mirarme muy fijamente y hacer una pregunta absurda:

—¿Puedo pasar?

Absurda, porque no nos conocíamos de nada. Absurda, porque parecía estar muy seguro de que yo no iba a ponerle impedimentos.

Y también porque me dio la rara impresión de que sabía perfectamente que yo estaba solo en casa.

Lo cierto es que, sin responder, me hice a un lado. Y le dejé pasar.

El entró con calma, con naturalidad. Como si el hecho de visitar a un desconocido y ser aceptado sin reservas, fuese lo más normal del mundo para él. Le contemplé mientras se encaminaba hacia mi despacho, con paso seguro, dueño de sí. Y, desde luego, abriendo camino, como si lo conociera muy bien, sin necesidad de ser guiado por mí ni por nadie.

El desconocido empezaba a inquietarme. Era alto. Muy alto. Calculé que sobrepasaría ligeramente los dos metros. Pero esa estatura no parecía tanta, a causa de la proporción asombrosa de su figura, elástica y vigorosa como pocas. Sus anchas espaldas, su cintura breve, sus largas piernas, indudablemente musculosas como sus brazos, le hacían parecer un titán extrañamente armonioso.

Vestía de oscuro, y eso le hacía parecer más delgado, pero no lo era, aunque tampoco observé el menor indicio de grasa en todo su cuerpo. Tal vez ni un solo gramo superfluo había en una estructura anatómica de asombrosas proporciones atléticas.

Se quedó parado en medio de mi gabinete de trabajo. Contempló en las paredes las cubiertas de muchos de mis libros, reproducidas o en los originales, debidamente enmarcados. Una especie de leve sonrisa desdeñosa pareció flotar en sus labios apretados cuando se detuvo ante dos o tres portadas que representaban temas de ciencia-ficción o de fantasía heroica. Vi centellear sus ojos oscuros y profundos, de un tono pardo intenso, con algo parecido a la excitación.

De repente, se volvió a mí, muy despacio. Me miró con aquella fijeza suya que producía inquietud.

—¿Asustado? —me preguntó.

—No —rechacé.

—¿Intrigado?

—Un poco. Tengo motivos, ¿no cree?

—Sí, los tiene —convino secamente. Dio unos pasos por la habitación. Parecía pisar como los felinos. No producía ruido alguno. Luego, comentó entre dientes—: No voy a hacerle daño alguno.

—Ya lo sé —respondí.

—Bravo —sus ojos brillaron de nuevo, con algo parecido a la simpatía—. Confía usted en mí, a lo que veo.

—Sí. Y no pregunte por qué. No sabría decírselo.

—Entiendo —dio otros pocos pasos. De repente, se dejó caer en la silla, frente a mi puesto de trabajo y la máquina de escribir con el folio introducido en el rodillo. Lo miró todo. Finalmente, me contempló a mí con rara serenidad—. Estoy cansado. Muy cansado. ¿Quiere escribir mi historia?

Enarqué las cejas. No podía ser uno de ésos, no. He visto a muchos de los que creen que su vida puede ser el tema de la mejor novela del mundo, y he escuchado pacientemente sus sugerencias, para luego escabullirme con una evasiva más o menos convincente. Pero aquel hombre... No, no podía creer en tal vulgaridad. Moví la cabeza negativamente, y él me interrumpió con un vivo gesto de su mano diestra, alzándose hacia mí.

—No. Espere —cortó—. No se precipite. No rechace mi oferta aún. AI menos, deme una simple oportunidad. Una sola. La de iniciar la historia. Posiblemente no creerá una palabra de toda ella. Pero escuche su principio, cuando menos. Es un ruego. No le llevará más de quince minutos. Si no le convence, despídame. Me iré sin replicar.

Le estudié en silencio. Su mirada tenía algo magnético. Su cuerpo, bajo la ropa oscura, daba la impresión de la figura de un felino encogido, a punto de saltar cuando se disparasen súbitamente sus nervios, tendones y músculos.

Un cuarto de hora no era demasiado, aunque estaba seguro de que sería un cuarto de hora lastimosamente perdido. Decidí concederle eso, cuando menos. Y respondí:

—Está bien. Hable. Le escucho.

—¿No va a tomar notas? —me preguntó.

—Oh, sí —requerí mi bloc de taquigrafía y un lápiz, con evidente desgana. Me dispuse a iniciar la tarea resignadamente—. Cuando quiera.

—Pronto cambiará de idea —sonrió extrañamente al mirarme. Se inclinó sobre la mesa—. Sé que todo esto le disgusta. Me cree uno más de esos pelmas que acosan a los novelistas. Pronto comprobará que no es así. Y lo peor de todo será que usted creerá

que ha sido un relato imaginado por mí. Sin embargo…, es cierto. Cierto en todos sus puntos. Lo juro.

Y empezó su historia.

Sólo sé que un cuarto de hora más tarde, él me hizo notar que había transcurrido el plazo concedido. Yo miré mi reloj. Era cierto. Le apremié, sin embargo:

—Está bien. Prosiga. Prepararé algo de café mientras tanto… Es natural que ésta es su historia, y usted la ha imaginado, pero es buena. Me gusta. Puede continuar. Sólo que espero no insista en lo que dijo antes…

—Debo insistir —me dijo con rara sequedad, sin desviar sus ojos de mí—. Absolutamente todo es cierto. Le ha ocurrido a alguien. Y pensé que el mundo debe saberlo. A toda costa debe saber lo que le ha sucedido a un hombre de su propia condición, a una criatura semejante a todos nosotros…, en un lugar situado tan lejos de todo lo que nosotros conocemos, tan remoto, tan inaccesible… Un lugar que usted nunca podrá visitar. Un lugar que nadie, nunca, alcanzará, por mucho que sea el progreso futuro de la tecnología, de la astronáutica, de las formas de energía imaginables…

—No discutamos eso —atajé—. Si la historia va a ser contada en su totalidad, es mejor que siga adelante. Aunque insisto en que no la creo. No puedo creerla. Simplemente, la recojo. Y hasta es posible que logre encontrarle editor para ella.

—¿Editor? —se echó a reír inesperadamente, mirándome con sorpresa—. Oh, no… No es para mí para quien estoy relatando esto. Yo sólo pretendo que usted escriba la obra, que haga la transcripción de algo que le ha sucedido a alguien…, más allá de todo lo conocido y de todo lo imaginable. Yo no quiero firmar ni editar nada. No soy escritor. Sólo le narro a usted lo que alguien ha vivido en alguna parte del Universo. Es todo.

—Yo no puedo aceptar la historia como mía, si usted rechaza firmarla —me sentí ofendido.

—No sea necio. Lo hará. Al final lo hará, porque es lo único que debe hacer, a cambio de escucharla y entregarla a un editor. Pero al término del relato terminaremos de discutir eso. Ya tiene el primer capítulo de la historia. Ahora…, pasemos al segundo capítulo.

Y comenzó a relatarlo, con tono reposado, grave, con fácil palabra y correcta dicción, como repitiendo de memoria algo que

tenía muy grabado en la mente.

Yo seguí escribiendo en signos taquigráficos aquella historia.

Y ahora, aquí está.

El desconocido no quiso firmarla. Y yo no puedo obligarle a ello. Por eso mi nombre aparece en el principio de este relato. Pero es de conciencia recordar ahora al autor verdadero.

A un hombre que no necesita editor ni derechos de autor, ni cosa parecido. Un hombre que sólo quiere que este relato vea la luz aquí, entre nosotros.

Mientras, él…

Pero eso forma parte del final. No adelantemos acontecimientos.

Su historia, por el orden cronológico en que él me la describió aquella noche, empieza justamente así…

Primera Parte

TRANSPOSICIÓN

CAPÍTULO I

El Ídolo

Los mosquitos zumbaban abundantemente, formando pequeñas nubes que, alternativamente, cruzaban la espesura, por encima de los charcos de agua hedionda, para posarse sobre ésta, o bien hormiguear sobre los cadáveres.

El superviviente contempló angustiado la escena. Sus dedos apretaron con férrea energía el ligero fusil ametrallador, con su depósito repleto por un centenar de proyectiles que, en este momento, eran la única garantía de su vida.

Había sido todo un error. Un tremendo error, desde su principio. Aquel viaje, aquella labor en la frontera con Kuwait, aquel descuido de uno de sus compañeros, y la curiosidad excesiva de otro de ellos.

Los demás habían pagado ya sus errores. Él estaba a punto de pagar el suyo propio, que fue el de llegar tan lejos por el simple afán de tomar aquellas fotografías exclusivas.

Del grupo de cinco hombres, quedaba él solo en pie. Los demás eran ahora el motivo de curiosidad de las bandadas de irritantes mosquitos. La sangre lo salpicaba todo. La cabeza de uno de sus desgraciados compañeros había saltado lejos, cuando el sable curvo de uno de los agresores le segó el cuello, y ahora mostraba una espantosa deformación, hinchada e informe, sobre un charco rojo, entre insectos que iban saliendo tímidamente de sus madrigueras, ante la presencia del residuo humano.

Todo era espantoso. El calor, la humedad, el olor a pólvora y a sangre, la peste de las charcas de agua verdosa, estancada. Y los mosquitos. Y la proximidad amenazadora, mortífera, del grupo de feroces asesinos.

Era como una pesadilla. El superviviente, con el rostro sudoroso, los cabellos empapados bajo su sombrero protector, de color claro y

liviano tejido, colgando la cámara «Polaroid» de su estuche de cuero, en el hombro, la pistola automática en la cintura, y la ligera metralleta en sus manos crispadas, era un hombre dispuesto a todo. Moriría matando, vendería su pellejo al más alto precio posible.

Su mojada faz no revelaba temor ni angustia. Aparecía extrañamente tranquilo, lleno de serenidad. Era un hombre en apuros, en un gravísimo peligro. Y, sin embargo, no tenía miedo. Ningún miedo. Estaba, sencillamente, defendiéndose hasta el límite de sus fuerzas.

Pero sin el instintivo temor que produce siempre el saberse perdido, sin evasión posible.

Los atacantes le rodeaban. Lo sabía. Podía intuirlo, adivinar sus posiciones. Agazapados tras la espesura de la zona frondosa, allá junto al curso del Éufrates, los iraquíes disponían de armas y de número suficiente para aplastarle sin remedio. Los pantanos situados detrás de la muralla de verdor selvático, en la tierra húmeda del sur del Iraq, eran ya un punto inaccesible. Y allí se había quedado su helicóptero, entre arrozales y cañaverales.

Nunca podría llegar a él. Los enemigos, conscientes de que ésa era su única posibilidad, le cerraban por completo el paso en esa dirección.

De modo que no le quedaba otra posibilidad que seguir luchando. Y morir, más tarde o más temprano.

Se encogió de hombros al pensar en esto. La muerte no le preocupaba lo más mínimo. Se había hecho a esa idea, mucho tiempo atrás. Igual daba morir en un lecho tranquilo, allá en su casa de Londres, que perder la vida cosido a tiros o degollado por un sable árabe, en las tierras pantanosas del sur del Iraq.

La muerte era algo que él llevaba consigo hacía tiempo. Quizá por eso no le preocupó nunca demasiado el riesgo de una misión. Quizá por la misma causa, mucha gente le llamaba suicida y se admiraba de su loca decisión para cualquier riesgo, por grande que fuese.

Él sabía la razón de todo eso. Lo que no sabía nadie, porque tampoco a persona alguna le importaba. No le hubiera gustado ser compadecido por nadie. Le horrorizaba semejante idea.

Pero aquel día, en el consultorio de su amigo, el doctor Aldrich, en Regents Park, supo la verdad sobre su futuro. Ahora, agazapado

entre la espesura, mientras extraía un cigarrillo y lo encendía con pulso firme, a la espera de la batalla definitiva, recordó ese momento con expresión pensativa…

—Lo siento, amigo mío —le había dicho Aldrich, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Me gustaría engañarte de alguna forma, pero me has pedido la verdad, por dura que sea.

—Sí, Peter, Quiero la verdad. Por eso vine a verte…

—Hubiera sido más fácil decírselo a tu esposa…

—¡Mi esposa! —hubo sarcasmo en el tono de él—. Oh, olvídalo, Peter. Ella no cuenta en esto.

—Es tu mujer.

—Conforme. Es mi mujer. No lo será ya por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Has decidido separarte de ella?

—No. Ella ha resuelto separarse de mí. No me opondré a ello.

—Escucha, Daniel. Precisamente ahora… no te conviene separarte de ella. Necesitarás alguien a tu lado cuando…

—Cuando…, ¿qué? —le preguntó él con serenidad en ese instante, clavando sus ojos en los del joven doctor—. Vamos, Peter, seamos francos de una vez por todas, ¿Qué es lo que en realidad me espera?

—Bien… —suspiró el médico dificultosamente—. Los análisis han dado, todos ellos, resultado… er… positivo.

—Ya —Daniel Akman bajó la cabeza despacio—. Positivo. ¿Eso quiere decir…?

—Eso quiere decir que estás enfermo. Gravemente enfermo… Dan.

—Gravemente enfermo, ¿qué significa, en realidad?

—Lo que tú imaginas, Dan —resopló Peter Aldrich.

—La muerte —suspiró Daniel Akman.

—A plazo más o menos largo…, sí —musitó el doctor, con voz ronca.

—¿Qué plazo, por ejemplo?

—No…, no sé. Eso nunca se sabe con certeza. Pueden ser seis meses…, un año… No sé, Dan.

—Seis meses como mínimo… y un año como máximo. ¿Es eso, Peter?

—Pues…, sí. Es eso —convino Aldrich, abatido. Luego, puso sus manos firmemente en los hombros de él—. Dan, esto es muy duro

todo, entiéndelo. No puedes desesperar, ni recurrir a un suicidio, ni cosa parecida. Tienes que luchar, tener fe en algo, aunque sea un milagro. Hoy en día se descubren nuevas drogas, fármacos maravillosos, tratamientos revolucionarios. Hoy, mañana mismo, tal vez dentro de un mes o dos..., puede salir algo que salve tu vida, Dan.

—No me gusta esperar milagros, Peter —sonrió Daniel con calma. Meneó la cabeza—. Pero no temas. No pienso suicidarme. Ni empezar a dar alaridos por ahí, o encerrarme a llorar a solas... Nada de eso va conmigo.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Seguir con mi trabajo. Hasta el fin. Mientras el dolor me respete..., lo soportaré. Puedes estar seguro. Como si nada sucediera. Nadie, excepto tú y yo, sabrá cosa alguna respecto a mi tumor.

—¿Vas a ocultarle eso a Shirley? ¿Permitirás que siga adelante en su separación de ti, sin hacerle saber lo que te sucede?

—Sí, Peter. Eso es, justamente, lo que pienso hacer, Shirley es egoísta y ambiciosa. Por eso se aparta de mí. Ese necio de lord Harlington se ha encaprichado de ella. Es multimillonario. Puede darle todo lo que yo tardaría años en conseguir, o tal vez no consiguiera nunca, de haber podido tener una larga vida. Se casará con lord Harlington sin sentir nada por él, aunque sí por su dinero y por su título. Es una historia vieja como el mundo. No voy a poner trabas a su decisión. Tampoco me gustaría retenerla por simple compasión hasta cerrar mis ojos. De modo que has hecho bien en advertirme de todo. Ahora podré aceptar la oferta que me ha hecho *Flash*.

—¿*Flash*? Oh, ya recuerdo... Esa revista ilustrada norteamericana...

—Sí. Se basa en el sensacionalismo gráfico. Nadie publica las fotografías que ellos obtienen. Ni con la rapidez con que ellos lo hacen. Pero rechazan telefotos y cosas de agencias informativas. Quieren exclusivas, rabiosamente de actualidad. Fotografías dramáticas, impactos visuales... Algo que estremezca la sensibilidad del público. Sus corresponsales gráficos deben obtenerlo en el escenario mismo del suceso. Y enviarlo inmediatamente por avión, para el número más reciente en aparecer al público. Es una carrera

contra reloj, aparte de la lucha contra las condiciones del lugar donde debe uno trabajar. Sabes que adoro este trabajo. Ser reportero gráfico de la tradicional y solemne agencia de noticias británica a la que pertenecí varios años no me ofrecía tal amplitud de horizontes. Ahora, con absoluta indiferencia ante el riesgo de la muerte, puesto que la llevaré siempre conmigo y no habrá motivo especial para temerla, podré hacer maravillas en Oriente Medio, adonde me han ofrecido enviarme como corresponsal gráfico. Mi tarea será fotografiar la guerra árabe-israelí, el mundo del petróleo, descubrir los campos de adormideras de los traficantes de drogas, y cosas parecidas. Todo ello implica riesgo, peligro gravísimo. Muchos fotógrafos profesionales rechazaron la oferta. Pagan muy bien, pero a nadie le interesa un funeral lujoso. Yo dudaba. Ahora sé que debo aceptar.

—Sí, tal vez sea una forma de no pensar, de verte inmerso en la actividad, en la lucha... Un modo de vivir intensamente el tiempo que te quede, Dan —el doctor Aldrich le oprimió con fuerza el brazo—. Eres un gran tipo. Lástima, amigo mío. Lástima que mis noticias... sean tan pésimas...

* * *

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

¡Rat-at-at-at-at...!

Se quebraron los pensamientos, con la misma brusquedad que el silencio. Los mosquitos dejaron de zumbar irritadamente en torno a la epidermis embadurnada de brillante y maloliente grasa de Daniel Akman, para que fuese ahora el zumbido acre, metálico y rabioso, de los insectos de níquel, disparados por pistolas automáticas y fusiles ametralladores de moderna factura.

Hojarasca y ramajes llovieron sobre Dan, repentinamente tirado de bruces sobre el fango y las aguas estancadas, bajo el nublado bochornoso del cielo iraquí. Las balas segaban los arbustos con la contundencia con que podría hacerlo el filo de un machete.

—¡Malditos traficantes de drogas...! —jadeó entre dientes Dan —. Ni siquiera pude hacer más que una fotografía de su campo de plantaciones de hachís y de adormideras, antes de que nos descubrieran y diezmaran, los muy...

Pero maldecir no conducía a nada. De modo que disparó una ráfaga sobre unos arbustos que de repente se habían movido allá, en

la margen izquierda del arroyuelo fangoso que discurría hacia el Éufrates.

Un alarido y el impacto de un cuerpo, cayendo entre la espesura, le hicieron sonreír fieramente. Un iraquí, traficante en narcóticos, había recibido sus balas en el cuerpo. No mejoraba en nada su situación, pero aumentaba un poco el duro precio que Dan ponía a su pellejo.

Rápido, Dan se tiró de bruces entre la espesura, para no ser cazado por e! aluvión de balas que imaginó respondería a su ráfaga, como así sucedió. Los compañeros del caído reaccionaban furiosamente frente al ataque.

Era desagradable verse medio sumergido en aquella agua pantanosa y fétida, entre mosquitos y habitantes unicelulares de las ciénagas. Pero más desagradable sería sentir el martilleo de las balas en el cuerpo.

La cámara fotográfica le molestaba considerablemente en sus movimientos, pero no estaba dispuesto a desprenderse de ella, mientras no fuera absolutamente necesario. Una «Polaroid» como aquélla, capaz de tomar fotografías en color de gran nitidez, reveladas automáticamente por la propia cámara a los escasos minutos, y provista de un estuche de reserva con veinte negativos para impresionar, resultaba demasiado valiosa para un hombre como Akman, cuya gran pasión era la fotografía, el reportaje vivido y directo, perdurable en la imagen captada por el objetivo.

En su estuche adicional, para preservar cuidadosamente las fotografías ya impresionadas, llevaba Dan una vista nítida del campo de estupefacientes cultivados por los traficantes iraquíes. Una evidencia para el mundo, una denuncia desnuda de la gran lacra de nuestro tiempo. Y también una prueba para las autoridades iraquíes, que significaría, sin duda, la ejecución sumarísima de los titulares de aquel campo de cultivo, conforme a la dura ley de los países árabes para con los grandes industriales de la droga. Junto con ello, el incendio de un pozo petrolífero, la imagen de un hombre envuelto en llamas, en aquel mismo incendio, captado con pasmosa oportunidad, y varias vistas del frente de batalla árabe-israelí.

Todo aquel material, pensó Dan, mientras las balas zumbaban furiosamente sobre su cabeza, perdiéndose en la espesura de las

viejas y milenarias tierras que un día fueran la Mesopotamia fabulosa de la ajardinada Babilonia, iba a morir con él en la selva, si un milagro no le sacaba de la trampa mortal. Y, como ya le dijera en Londres una vez, a su amigo el doctor Peter Aldrich, él no confiaba nunca en los milagros.

Cuando menos, nadie lloraría su ausencia. No regresaría nunca. Su cuerpo sería pasto de alimañas de la selva y de la putrefacción en el clima cálido. Eso sería todo. Ni una esposa que le llorase, ni un amigo que le echara de menos salvo, quizá, el propio Aldrich o sus compañeros del club. Ella, la que fuera su esposa, era en la actualidad la flamante lady Harlington. Y parecía feliz con eso.

Daniel Akman estaba solo en el mundo. Ahora se alegraba de eso. Era menos doloroso morir. El temido final en una habitación de hospital o en su propia casa, víctima de su incurable tumor, había pasado a la historia. Quizá esto fuera mejor: morir matando. Morir en la acción, en la violencia, en un paraje remoto, ignorado. Sin tumbas ni cruces. Sin funerales. Sin luto.

—Voy a intentar salir de este cochino cepo —se dijo entre dientes, emergiendo su rostro de las aguas verdosas, pestilentes, entre un aturdido revuelo de mosquitos—. Veremos hasta dónde llego, y cuál es el auténtico sabor de la muerte...

Sonrió duramente, como desafiando a todo aquello, indiferente a cualquier peligro, decidido a enfrentarse, por última y definitiva vez, con su propio destino ineludible.

Y ese destino era morir.

Repentinamente, se puso en pie de un salto, y disparó una veloz ráfaga de proyectiles sobre la hojarasca, obligando a sus enemigos a parapetarse, disparando alocadamente, sin fijar la puntería.

Corrió así, de espaldas, haciendo fuego sin parar, hasta que alcanzó el arroyo, entre cañaverales, y se precipitó hacia el agua decididamente..., para volver en seguida, rápida y sigilosamente, a la densa zona de cañas, por entre la cual se deslizó, furtivo, agazapado, sin dejarse ver, mientras a sus espaldas retumbaban los disparos y se percibían, no tardando mucho los chapoteos en el agua, cuando los traficantes de narcóticos se adentraron en el arroyo, buscando a su presa. Oyó incluso sus voces, hablando entre sí, excitadamente en lengua iraquí.

Dan Akman había perdido su sombrero para el sol, y llevaba la

camisa desgarrada en varios puntos, a causa de los enganchones violentos en ramas y cañas. Todo eso carecía de importancia. Corrió por entre los cañaverales, sin detenerse un solo instante, sabiendo que, pese a todo, no se despegaba fácilmente de sus perseguidores, lanzados tras él por el arroyo, en busca de sus huellas, que no tardarían en encontrar,

Lo peor se le ofreció al salvar un saliente que formaba recodo en el arroyo, y salir al lado opuesto.

Los cañaverales se terminaban bruscamente, a cosa de cincuentas yardas de su actual emplazamiento, para dar paso a unos cultivos de arroz, pantanosos y llanos, sin vegetación en torno. Terreno donde cazar a un hombre era tarea de niños.

Maldijo Dan entre dientes. Apretó con rabia su fusil ametrallador, que no contendría ya más de unos sesenta o setenta proyectiles. Ajustó la velocidad media de disparo. No podía ya permitirse el lujo de derrochar balas en intensas ráfagas de gran rapidez. Ahora debería hacer descargas intermitentes de cinco o diez proyectiles para dosificar su escaso arsenal disponible.

Allá, al otro lado de los arrozales, descubrió las ruinas. Era el único punto que ofrecía una leve esperanza como refugio, siquiera fuese momentáneo.

Unas viejas ruinas sobre un promontorio rodeado de pantanos. Era un sitio tan bueno como cualquier otro para morir. Dan Akman se decidió sin más vacilaciones, al percibir la proximidad de los chapoteos en el arroyo, y la cercanía de las voces de sus perseguidores.

Tomó impulso y salvó el tramo final de cañas a toda velocidad, zigzagueando entre los altos tallos, verdes y cimbreantes. Cuando llegó a los pantanos rectangulares, comenzó a correr por sus bordillos de tierra blanda y húmeda, haciendo chapotear sus botas en el agua del arrozal, dado el zigzag de su carrera.

A sus espaldas, pronto oyó imprecaciones agudas, gritos y, lo que era peor, detonaciones de arma de fuego. Los disparos zumbaron cerca de él, levantando pellas de tierra mojada y surtidores de agua en los arrozales.

Dan no detuvo su carrera por ello. Antes al contrario, aceleró el ritmo de su marcha, que se hizo realmente vertiginosa, y con saltos esporádicos, para evitar un más fácil blanco. Aun así, era casi

imposible alcanzar la cota con las ruinas, sin ser herido por alguna bala.

Y, desgraciadamente, no escapó a esa lógica inexorable.

Vaciló levemente al sentir el mordisco del balazo en su carne, pero siguió su carrera, aferrándose el brazo izquierdo, agujereado por un proyectil. Su mano, sin soltar la metralleta, sujetó el orificio con dos dedos, que pronto gotearon sangre. Esta enrojeció la desgarrada manga de su camisa, hacia la mano colgante.

Su marcha siguió, imperturbable, siempre con el zumbido rabioso de las balas en torno suyo. Ni un campesino, ni un agricultor, ni nadie que no fuesen los componentes del grupo de traficantes de drogas, era visible en la amplia y llana extensión. Supuso que, aun habiendo alguien por allí, se habría apresurado a ocultarse, para mantenerse ajeno al tiroteo y sus consecuencias. El Iraq era tierra donde la violencia podía saltar por mil motivos diversos, desde la presencia de un comando palestino, los temibles feddayinh, hasta la de un grupo de israelíes enemigos, o cualquier guerrilla comunista. Nadie quería líos con ninguno de los tres grupos.

Dan alcanzó el límite de las plantaciones de arroz. Miró hacia arriba, la ladera empinada de la cota. Las ruinas eran hacinamientos de peñascos con grabados antiguos, fragmentos de estatuas o de figuras murales, y todo ello le resultó a Dan extrañamente familiar, aunque también vagamente lejano, como algo remoto vuelto repentinamente a su memoria.

No se detuvo a pensar en todo ello. No había tiempo para pensar siquiera. Lo que urgía era correr, evadirse del peligro cierto. Miró atrás un instante, volviéndose y disparando una corta ráfaga de balas con su fusil ametrallador, mientras su brazo zurdo chorreaba sangre.

Un chillido ronco acogió sus disparos. Uno de los enemigos que le acosaba, alzó los brazos al cielo. Soltó su metralleta y aulló de nuevo, cayendo de rodillas en el arrozal. Dan le vio el borrón de sangre en el cuello y rostro. Luego, observó cómo caía de bruces, chapoteando en el pantano. El arrozal se tiñó de rojo, y la furia aumentó en los supervivientes, que ya eran solamente cuatro, aunque todos bien armados y, por tanto, demasiado numerosos aún para un solitario combatiente como era Dan Akman.

Este comenzó a reptar, ladera arriba. Su brazo herido, además del dolor natural, le molestaba en el ascenso. Un nuevo disparo le alcanzó cuando aún no estaba arriba. Justamente en el costado, aunque muy superficialmente.

Sintió que la bala rasgaba su camisa, y la sangre brotaba. Lanzó una imprecación de dolor, y se miró la herida. La bala había hendido su carne, mordiéndola justo al borde, sin profundizar. No era grave, pero sí molesto, doloroso… y una vía más para ir perdiendo sangre y, por tanto, continuar debilitándose.

No le impidió llegar arriba, y tirarse, dando tumbos, detrás de las piedras cubiertas de vegetación áspera, de hierbajos silvestres, brotando entre las grietas ruinosas.

Las balas enemigas maullaron, inútiles, sobre aquellas ruinas que eran ahora su momentánea protección. Sabía que eso no iba a durar mucho. Jadeante, se dejó caer en tierra y miró en derredor, estudiando el paraje.

Estaba completamente rodeado por montículos de piedras centenarias. O acaso milenarias. Incluso había un fragmento de muro que recordaba una vieja muralla inconcreta, Y dédalos de piedras, y extrañas inscripciones de figuras religiosas, de formas y dibujos, de trazos y de raras cifras que a Dan le bailaban en la mente, como algo remotamente evocado, nebulosamente conocido. Algo de siempre, algo de todos los tiempos, perdido en la niebla del pasado…

—¡Babilonia! —jadeó roncamente, de súbito, al descubrir un perfil barbudo, un toro alado, de humana cabeza y gorro asido—. Es eso… ¡Claro! El Tigris, el Éufrates… La vieja civilización… Cientos de años antes de Cristo… La fabulosa Babilonia de los jardines colgantes… La Mesopotamia de los tiempos de Baltasar, de Ciro… Casi seis siglos antes del nacimiento de Jesús. Dios mío, esas ruinas son un simple recuerdo de aquellos tiempos… ¿Qué puede representar aquí un simple fotógrafo del siglo XX, perseguido por unos traficantes de drogas? Todo esto no tiene sentido…, pero es un hermoso lugar para morir. Una de las cunas de la Civilización, será el lecho de muerte de un hombre que no tenía miedo a la muerte porque sabía que en modo alguno podía escapar a ella…

Se rió de sí mismo, apoyando el fusil ametrallador sobre unos oscuros bloques de piedra, carcomida por el tiempo y por la

intemperie, no lejos de la hilera de milenarios guerreros babilónicos grabados en la piedra vetusta y casi mítica. Miró abajo, al final de la ladera. Los traficantes de drogas se movían entre los peñascos. Habían empapado sus ropas, manos y rostro en el fango del arrozal, para confundirse con el barro. Y no les iba mal con el truco. Por si ello fuera poco, el nublado era algo más claro y deslumbrante, y confundía las formas fácilmente, sobre todo si se fijaba demasiado la mirada en un punto concreto.

Dan supo que las cosas eran cada vez más difíciles. Las ruinas asirias podían ser su cepo final de muerte, Pero en realidad, en los últimos momentos, todos lo eran. Igual daba morir en un sitio que en otro. Estaba derramando sangre. Sangre británica sobre piedras asirias. Sangre de un occidental del siglo XX, sobre ruinas del Oriente Medio, seis siglos antes de la Era Cristiana...

Se frotó los labios resecos. Entornó los ojos. Miró en torno, angustiado casi.

No, no había salida. El otro lado de la cota era más escarpado, y caía sobre más y más arrozales, llanos, pantanosos, indefensos para un evadido. Era inútil pensar en eso. Se haría matar allí mismo. No seguiría huyendo, para ser cazado como una rata, sin sitio donde meterse.

Seguía sangrando. Y seguía sintiendo dolor. Pero eso era lo de menos ahora.

—Dolor... ¡Bah! —jadeó, pegándose un manotazo sobre la frente grasienta, bañada en sudor. Luego, se tendio cuan largo era sobre las piedras—. Más dolerá el tumor cuando llegue... el final... Esto puede anticiparlo todo. ¡Maldita sea, si no fuese por esas fotografías del diablo...!

Se mordió el labio, reptando entre las ruinas, para acomodarse mejor. Y su bota golpeó algo metálico. Giró la cabeza, sorprendido. No había visto nada sino pétreas ruinas. Pero lo que pegó en una de las hebillas de sus recias botas, era algo diferente: metal, sin duda, a causa de su sonido.

Sólo vio hierbajos en tierra, pedruscos, polvo... Y, sin embargo, «algo» golpeó su bota con sonido metálico, justo en aquel punto.

Entornó los ojos. Dejó de mirar abajo, a los traficantes armados, que reptaban hacia las ruinas. Giró sobre sí mismo, culebreando como un reptil. Su zurda dolorida aferró la metralleta. Rascó con la

derecha en la tierra y los hierbajos.

Apareció algo. Algo metálico, entre el polvo y los peñascos viejos.

Una argolla.

Una redonda, recia argolla polvorienta, oxidada, casi invisible, incrustada virtualmente en tierra.

Una argolla aferrada al suelo. Y una argolla que se sujeta a algo, es que mueve algo.

Sus ojos recorrieron la superficie igual, monocorde.

Masculló algo entre dientes. Corrió al borde de las piedras y lanzó una ráfaga de balas hacia abajo. Los proyectiles maullaron en las piedras. Dos de los traficantes, más audaces que los otros, se apresuraron a saltar atrás para eludir los impactos. Rió, al verles zambullirse, apurados, en los arrozales. Sus compañeros se limitaron a frenar el avance, precavidos, repeliendo el ataque con dos nuevos ramalazos de balas, que crepitaron furiosamente en el reborde pétreo de las ruinas.

—¡Bastardos! —masculló con ira Dan Akman.

Y pensando que su ráfaga frenaría en parte los entusiasmos de sus agresores, corrió de nuevo a la argolla. Tiró de ella rabiosamente. No logró nada. Tiró una, dos, tres veces más. Sintió un crujido bajo sus pies.

Miró en torno. La tierra despedía polvo, a cosa de media yarda de distancia de la argolla. Y eso, en dos o tres puntos diferentes.

—Tal vez di con ello —jadeó, convulso.

Se inclinó. Limpió apuradamente la superficie del suelo, arrancó las briznas de hierba con auténtica furia. Respiró hondo. Volvió al borde de la cota y disparó de nuevo una ráfaga.

Esta vez nadie escapó precipitadamente. Espaciados disparos le respondieron desde diversos puntos, separados entre sí. Tragó saliva, sudoroso como nunca.

Ellos iban espaciándose, desplegaban sus fuerzas para un cerco perfecto. Era elemental. Terminarían rodeándole, en cosa de diez o doce minutos más. Tenía que apresurarse. O esperar el choque final, con su muerte inexorable. Los traficantes no le perdonarían. Ellos no perdonaban nunca. Porque nunca eran perdonados. Al menos, en el Iraq, en Irán, en todo el Oriente Medio.

Los occidentales, más blandos, más estúpidos acaso, perdonaban

la vida de los que vendían drogas. Y así iban las cosas en Occidente...

Dan Akman parecía un loco, limpiando de piedras y hierbajos una amplia zona, reptando acá y allá, como un poseso, sin importarle su hemorragia de dos heridas, su debilidad física, su agotamiento casi total.

De ese modo, llegó a dejar, casi en un cuarenta por ciento, revelando un rectángulo de dimensiones notables: cosa de un tercio de yarda cuadrada, en total. En su centro, la gran argolla oxidada.

Se extendió cuanto pudo, para aferrar la argolla, con un pie a cada extremo de la teórica abertura cuadrangular. Luego, soltando su arma y su cámara fotográfica, aferró el metal redondo, tiró y tiró de él furiosa, desesperadamente...

Crujió hondamente. ¡Y empezó a ceder, a levantarse del suelo!

Respiró con fuerza. Tomó alientos. Volvió a tirar, ya con sus músculos y tendones a tope, sin preocuparse de su sangre y su agotamiento casi decisivo. La trampa del suelo, cedió entre una polvareda acre, entre un crujido sordo, pétreo y estremecedor.

Una bocanada lóbrega, pestilente incluso, llegó hasta él, vomitada por el repentino rectángulo negro, abierto en el suelo.

Dan dilató sus ojos. Recordó algo. Miró su liviano fusil ametrallador. Saltó sobre él y corrió al borde de la cota.

Ya era tiempo. Uno de los enfangados enemigos llegaba cerca, se disponía a saltar sobre las ruinas...

Lo barrió de tres disparos al vientre y plexo solar. Le oyó aullar, mientras caía, rebotando de piedra en piedra, hasta chapotear sordamente en el arrozal. Furioso tiroteo siguió a ese nuevo éxito parcial, desde varios puntos. Dan, sin responder, sabiendo que esa nueva baja entre sus enemigos les haría demorar el asalto, precavidos. Quizá tuviera tiempo de hacer algo, de intentar escapar en alguna forma...

Corrió al hueco abierto. Tomó de nuevo su cámara fotográfica de revelado instantáneo, y comprobó que su cargador estaba reducido a la mitad: sólo una cincuentena de balas, escasamente. Muy poca munición ya, dadas las circunstancias.

Escudriñó el interior. No le fue fácil ver nada. Ni sabía si abajo esperaba un foso lleno de agua, de vacío mortal, de muerte en suma.

Dan no tenía nada que perder. Estaba muerto desde el día que el doctor Aldrich le dijo que iba a morir de su tumor, aparentemente inocuo. Y sin vacilar, se tiró al vacío tenebroso e insondable, con olor a frío, a humedad, a silencio y a olvido de siglos...

* * *

De momento, aún no era la muerte.

Había caído en algo sorprendentemente blando y fofo, que acogió suavemente su cuerpo, sus piernas flexionadas. Dan Akman, sorprendido, se irguió, tratando de mirar en torno, de ver algo en la tétrica oscuridad.

Eso era imposible de todo punto, pese a la luz filtrada de arriba, del abierto rectángulo al exterior, al cielo nuboso y cálido del Iraq. Entonces, con una imprecación, Dan recordó su lámpara eléctrica de bolsillo. La buscó con mano torpe. La halló, oprimiendo el resorte.

Un recto chorro de luz blanca, centelleante, hendió las tinieblas con olor a olvido, a misterio y a humedad lúgubre.

Dan descubrió la amplia sala de suelo de piedra, de grandes losas grabadas con viejos caracteres y efigies míticas. Era circular. Y en su centro, sobre un amplío soporte de piedra también circular, un ídolo.

Un ídolo negro, alado, extraño. Una figura siniestra y fantástica que jamás había visto Dan antes de ahora. A la luz de su lámpara, proyectó una sombra gigantesca y bailoteante en los muros de rezumante piedra mojada. Pareció como, si, realmente, el inquietante ídolo cobrara vida propia e iniciase un sobrenatural vuelo hacia el reino de las sombras de donde sin duda procedía, con su figura, mitad humanoide, mitad de roedor, sus alas de pájaro o murciélago, su rostro de corvo pico y cara de humano maligno...

Todo ello en negra piedra lustrosa, verdeante de humedad en algunos puntos. A su alrededor, hierbajos, tierra blanda y una especie de monstruoso jardín de algas o cosa parecida, había sido el blando lecho para el desesperado Dan Akman.

Arriba, sintió rodar de piedras, pisadas rápidas, gritos roncos, en iraquí.

Se incorporó, tambaleante, alzando su fusil ametrallador con decisión. Habían llegado a la zona de ruinas. Era cosa de segundos que asomaran, para barrerle a tiros. Dan iba a morir matando.

Justo a la sombra del horrible, negro ídolo de piedra.

Bajo sus alas petrificadas, de milenaria deidad pagana, acaso símbolo de monstruosos vicios y depravaciones humanas de remotas civilizaciones.

Un instante después, varias cabezas y varias armas asomaron por el hueco, para acribillar el lugar a balazos.

Todo parecía terminado para Dan, pese a que él levantara su propia arma para repeler la inexorable agresión final en la extraña cripta de las ruinas babilónicas…

CAPÍTULO II

Viaje

Las balas comenzaron a barrer la oquedad subterránea, rabiosamente.

Las grandes losas llenas de inscripciones, sólo legibles para algún arqueólogo, recibieron mordeduras feroces de metal candente que rompían auténticas filigranas multicolores, perpetuadas durante siglos en las piedras.

Luego, fueron las propias alas desplegadas, pétreas, del negro ídolo, las que recibieron los impactos del fuego graneado que venía desde arriba.

Dan se parapetó como mejor pudo, bajo una de las amplias alas desplegadas, que le recordaban las de los murciélagos, con sus membranosas formas, aunque al final parecían dotadas de plumaje amplio y frondoso, Era un buen parapeto donde los proyectiles, como el aguacero en un paraguas, se estrellaba sin poderle tocar.

Observó Dan, con sorpresa, que aquellas balas ni siquiera causaban mella a la pétrea, negra superficie de esa estatua fantástica. ¿Qué clase de material utilizaron los artistas de remotos tiempos para tallar aquella forma de su peculiar Mitología, como para que las descargas de modernas automáticas no llegaron siquiera a provocar una huella en su lustrosa superficie? Aquello era insólito.

Lo malo es que también ellos se habían dado cuenta de lo que sucedía con sus disparos. Y estaban empezando a cambiar entre sí roncas impresiones. Tal vez decidirían saltar al interior de la oquedad, para batir a Dan Akman en su propia ratonera.

Miró Dan en torno. Sus ojos, habituados a la penumbra reinante, empezaban a vislumbrar ya las formas circundantes. Realmente, no parecía haber salida. Era un hermético, cerrado recinto sin aparente

evasión posible.

Muros circulares, también de piedra. Columnas incrustadas en paredes repletas de bajorrelieves asirios, de cabalísticos signos y representaciones míticas...

Y él en su centro, arma en mano. Con varios enemigos arriba, en tierra hostil, dura y difícil.

Una mala situación aún, que podía ser desesperada en cualquier momento. Justo al minuto siguiente, sin ir más lejos.

No había disparado aún su arma. Una ráfaga podía ser de cinco o diez tiros. Y sólo disponía de cinco ráfagas de la última especie, la que podía resultar efectiva. Una precipitada utilización de las escasas balas disponibles en su fusil ametrallador ligero, significaría el último y decisivo error. Una pistola sola, no bastaba en modo alguno ante las armas automáticas y la abundancia de munición de que disponían los adversarios.

Se apoyó, con su ensangrentada mano zurda en la garra corva, de afiladas uñas negras y relucientes, que eran las extremidades delanteras del ídolo negro. Mientras la apretaba, con ira, con exasperación y energía indomables, dejando caer sobre aquella indestructible piedra tenebrosa el rojo goteante de su propia sangre, Dan jadeó entre dientes, lívido y sudoroso su rostro grasiento:

—Cielos, espero salir de aquí de alguna forma..., aun que sea hacia la Eternidad. ¡Oh, infiernos! ¿Cómo puede uno escapar de una ratonera? ¿Cómo evadirme, cómo podría estar lejos de este maldito lugar?

Aferró el fusil ametrallador, decidido. Se encaró con los traficantes de drogas. Ellos acababan de tomar su decisión y saltaron rápidos hacia el fondo de la oquedad. Sus armas automáticas encañonaron, en cerco implacable, a Dan Akman.

Este supo que estaba cazado. Curvó el dedo en el gatillo, para disparar. Pero no tenía la menor esperanza. Sólo era un movimiento instintivo de defensa.

Esperó ser cosido a balazos, mientras él, a su vez acribillaba a los demás, en una justa réplica feroz.

Era el final.

Un final sangriento, pero mucho más digno, mucho más hermoso quizá, pese a su brutal realidad, que el de morir oscuramente en una cama, víctima de aquel tumor implacable que

su joven amigo, el doctor Pete Aldrich, le diagnosticara en Londres…

* * *

Súbitamente, todo eso cambió.

Dan Akman nunca supo lo que sucedió realmente. Ni lo supo entonces, ni pudo saberlo más tarde, pese todo cuanto trató de recordar, de evocar, de reconstruir en su mente, de modo minucioso.

Fue fugaz, relampagueante, súbito y aterrador.

Quizá por eso nunca estuvo seguro de nada. Sólo de que, repentinamente, el milagro increíble se producía.

No tenía sentido, pero se producía. Y de ese modo, Dan Akman, el reportero británico, al servicio de *Flash*, la conocida y espectacular revista ilustrada norteamericana, llamada también *La Vida en un Flash*, pasó de una vida desesperada y condenada, a algo muy diferente. A algo que no podía entender. Algo que, en verdad, no podía suceder.

Pero sucedió.

Justamente cuando los adversarios disparaban sus armas. Justamente cuando los traficantes de narcóticos esperaban ver caer a su solitario enemigo, cosido a balazos, hecho un guiñapo sanguinolento, como tantos otros que antes de él intentaron aniquilar su vergonzoso v repugnante comercio del vicio humano, alimentado y cultivado por ellos mismos y por sus agentes activos en todo el mundo.

Entonces, en ese momento preciso… ¡Dan Akman desapareció!

Desapareció sin dejar rastro. Sin moverse siquiera.

Fue algo súbito, increíble, deslumbrante.

Hubo algo así como un centelleo inverosímil, surgido de la nada. El cuerpo de Dan se disolvió en el aire. Donde él estaba un momento antes, acaso sólo una décima de segundo antes, las balas trazaron su corrosiva ruta, zumbando furiosas, entre ladridos ásperos de armas de fuego.

Luego, el silencio, Y el asombro. Y el horror.

El asombro y el horror de los traficantes cuyas armas crepitaban en sus manos, tableteando contra la nada, a la sombra de las negras alas de un ídolo inmóvil, hermético, con lejanía y vejez de siglos.

—¿Qué? —masculló uno de los rufianes, en iraquí—. ¿Qué ha

sucedido...?

—Ese hombre... —jadeó otro—. ¡No está!

—Se..., ¡se ha esfumado! —completó el tercero, repentinamente lívido.

—No, no —rechazó el primero—. Eso no puede ser... ¡Ha tenido que ocultarse en alguna parte!

Recorrieron toda la sala circular, encañonando a las sombras con sus armas. Todo inútil. En parte alguna se veía el menor rastro de su enemigo. Dan Akman había desaparecido por completo, como engullido por la tierra.

Ellos sabían que no podía ser. Ellos sabían que era imposible.

Pero había sucedido.

Dan Akman no estaba allí.

Repentinamente, estaban solos ellos tres, los traficantes de drogas, los vendedores de perversión, los cultivadores de muerte.

Su víctima propiciatoria, la persona que llevaba consigo la prueba fotográfica que podía condenar a unos aparentemente honorables cultivadores agrícolas del Iraq, al revelar que, tras sus cultivos legales, había otros infinitamente menos legales, no estaba en el subterráneo.

Se miraron los tres. Con asombro. Con inquietud. Con terror.

—Pero... ¿dónde está? —jadeó uno de ellos, trémulo, desorbitados sus ojos.

Nadie le contestó. Nadie hubiera podido hacerlo. Pero todos miraron a la efigie negra, a la escultura de piedra color de ónice, irrompible y milenaria. Un súbito, común sentimiento de pánico les invadió.

Trataron de hacer algo. De evadirse. De subir de nuevo a la abertura, escalando la inquietante efigie negra, de alas de murciélago, cuerpo de roedor y de humanoide, garras ave de presa, malignos ojos de humano y pico de halcón...

Súbitamente, como por un impulso natural, la losa de arriba cayó brusca, cerrándose hermética.

Los traficantes de la muerte aullaron, aterrados. Se movieron con desespero en la negrura, cayeron de la estatua, se debatieron en el polvo de milenios, en una atmósfera súbitamente fétida y agobiante.

Sabían que no podían presionar con sus brazos en la losa. No

podían alcanzarla en modo alguno, si no era saltando ágilmente al exterior, desde lo alto de la estatua, cuando estaba abierta la salida.

Ahora, todo era inútil. Sin luz, pronto sin aire respirable… la muerte había cobrado su presa en ellos. Total e irremediablemente.

Pero… ¿dónde estaba Dan Akman?

* * *

Sí…

¿Dónde estaba Dan Akman?

Eso hubiera querido saber él. Pero nadie podía decírselo. Nadie se lo había dicho aún. Ni siquiera tenía a quién preguntárselo.

La última vez que tuvo noción de algo, había sido en un subsuelo del Iraq, acaso una milenaria tumba o un sepultado templo babilónico, entre el Tigris y el Éufrates, no lejos de la moderna frontera con el mundo del petróleo, simbolizado por Kuwait.

Ahora…

Ahora, ni siquiera sabía qué lugar era aquél, ni qué había sucedido para que, de súbito, los traficantes de narcóticos del Iraq no estuviesen ante él, con sus armas homicidas, dispuestos a sellar con sangre la boca de un molesto testigo, borrando toda prueba en contra suya,

Dan miró su cuerpo, sucio y andrajoso, sangrante y fatigado. Miró su mano derecha, esgrimiendo el liviano y moderno fusil ametrallador. Contempló su mano zurda, caída y sangrante, y recordó que, sólo un momento antes, se apoyaba en la garra de corvas uñas de un ídolo negro e inquietante, allá en el subsuelo iraquí.

Recordó que había deseado salir de allí desesperadamente. Recordó que había pedido huir al desastre. Pero no podía creer que un simple deseo, una petición exasperada, pudiese hacerse realidad, como si uno tuviera consigo la lámpara de Aladino.

Sin embargo…

—Sin embargo, estoy aquí, donde quiera que sea… y no en aquel templo, cripta o lo que ello pudiera ser… —jadeó Dan, escuchando su propio murmullo asombrado, lleno de incredulidad y sorpresa.

Miró a su alrededor.

Tinieblas por luz. Algo viejo y remoto, polvoriento y derruido, por algo nuevo y monumental, policromo y luminoso.

Un tenebroso ídolo negro, que hablaba de muerte terror y

sangre. Miró, fascinado, a un punto de la gran cámara en que se hallaba. Se estremeció.

—Sí... —susurró—. Está allí... ¡Es el mismo!

Era el mismo. El ídolo negro del Iraq. La antigua deidad babilónica.

Estaba al fondo de la gran cámara. Entre cuatro enormes columnas policromadas, con bajorrelieves bellísimos. El suelo era también de grandes losas, pero todas ellas lustrosas, brillantes y pulcras, iluminadas con figuras familiares a la mirada de Dan.

Todas las siluetas allí grabadas, correspondían a antiguas efigies asirias, de los tiempos anteriores a Cristo. Sólo que... parecían tener mucho menos tiempo, como reproducidas posteriormente por un artista perfecto en la copia.

Miró los altos muros de piedra. Colgaban por doquier grandes cortinajes escarlata. En las hornacinas, brillaban luces de aceite. En las argollas de los muros, pendían antorchas resinosas, de viva luz resplandeciente. El aire olía a sándalo y a especias, a grasa aromática y a humo.

—Cielos, no puedo entenderlo —jadeó, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué lugar es éste?

—El lugar donde pediste venir, extranjero —dijo una voz repentinamente, a espaldas suyas—. La Eternidad, tal vez...

* * *

Se volvió, con una imprecación, su arma en ristre.

Tal vez, pensó, se trataba sólo de una nueva trampa. Acaso las ruinas estaban ocupadas por los mercaderes de drogas, y le habían hecho pasar a una recámara oculta, para allí sacrificarle impunemente.

Sin embargo, el anciano de luenga barba blanca, ropajes dorados hasta los pies, y tocado cónico, truncado, con largas melenas rizadas, a la usanza de viejas costumbres asirias, no parecía en absoluto belicoso o desconfiado.

Caminaba majestuosamente, le miraba con apacibles ojos oscuros, impenetrables como la noche. Sus manos, rugosas y largas, no llevaban objeto alguno agresivo, ni parecían revelar intenciones hostiles hacia él.

Había surgido de debajo de un cortinaje escarlata, que dejó entrever fugazmente una escalinata de piedra, ascendiendo bajo un

pórtico, hacia alguna parte. Dan pestañeó. Allí, todo parecía arcaico, hecho de grandes sillares pétreos, a las viejas usanzas de otros tiempos.

La voz del anciano había sido nítida, clara. Y se expresó en un correcto y suave inglés que él podía entender perfectamente. Los dos hombres se miraron en silencio. El desconocido sonreía bajo su barba canosa y venerable, con una expresión de serenidad pasmosa en su rostro rugoso y noble.

—¿Dónde estoy? —quiso saber Dan, a pesar de que no era la suya una pregunta demasiado original.

—Será difícil que lo entienda —suspiró el anciano—. Pero intentaré explicárselo.

Paseó por la estancia, calmoso, hasta detenerse frente a él. Se contemplaron mutuamente, con una común expresión de curiosidad, de profundo interés.

—Espero esa explicación —se impacientó Dan, observando que se repetía en los relieves de los muros, con extraña asiduidad, la figura alada de aquel mismo ídolo negro en el que él se apoyaba y protegía sólo unos momentos antes, en su enfrentamiento con los traficantes de drogas iraquíes.

—Sí, lo sé —murmuró el desconocido de larga barba blanca. Su voz cobró un tono reposado y, a la vez, levemente irónico—: ¿Usted qué diría si yo le refiriese que está en estos momentos a mucha, muchísima distancia del lugar donde se vio por última vez hace unos instantes?

—Que está usted loco. O que lo estoy yo —replicó acremente Dan. Miró en torno, intrigado—. Algo sucedió allí, es evidente. Debí accionar algún resorte de la estatua, y caí a alguna parte, sin darme cuenta. Esto será una recámara, una dependencia secreta, el refugio de alguna secta o religión oculta... Pero en modo alguno puedo estar muy lejos de donde me batía con mis enemigos. Pude no darme cuenta de nada a causa de mi debilidad, de la pérdida de sangre sufrida, pero eso en modo alguno ha sido capaz de alejarme mucho de ese maldito lugar.

—Esa sería la explicación simple que cualquier hombre daría a los hechos —convino el anciano apaciblemente. Sonrió, inclinando la cabeza. Hizo un gesto cortés con su brazo—. ¿Quiere, venir conmigo un momento? Tal vez lo que vea, le persuadirá sobre el

sentido de mis palabras.

Desconfiado, Dan miró al hombre de luenga barba y ropajes dorados, dignos de otros tiempos muy lejanos en la Historia. No sabía si creer en él o dudar de su buena fe. Pero de todos modos, allí no había armas enemigas dispuestas a disparar. Ni hombres de gesto agresivo y hechos hostiles. Eso ya era algo, por muy inexplicable que le resultara la situación.

De momento, seguía llevando consigo su arma automática y su cámara fotográfica colgada al hombro. Encañonaba desconfiadamente al hombre, y éste no parecía dar gran importancia al hecho. Asintió Dan, siguiendo así al desconocido hacia otra de las cortinas carmesí que decoraban los muros de piedra, cubriendo las paredes de la cámara circular.

Resultó haber un pasillo tras ella. Un amplio corredor de arcos de piedra, que conducía a lo que parecía ser una galería porticada, pétrea y llena de solidez. Más allá, hubiera jurado que brillaban las estrellas. Pero eso no era posible. Era mediodía solamente unos minutos antes, cuando cruzaba el arrozal en desesperada fuga de sus enemigos.

Sin embargo, así era.

Se detuvo, perplejo, contemplando el cielo oscuro y límpido de la noche. Una serena, calmosa y extraña noche, con el firmamento cubierto de astros, en tal número y esplendor, que era como un tapiz de terciopelo negro, surcado de nebulosas. El aire, frío y seco, olía a plantas embriagadoras.

—No es posible —rechazó—. No ha podido transcurrir tanto tiempo. Era sólo mediodía...

—Allí, era mediodía —sonrió el anciano—. Ya le dije que estamos muy lejos de ese lugar. El tiempo no es el mismo en todos los lugares, usted lo sabe.

—Esto..., esto tiene que tener alguna explicación —jadeó Dan Akman, contemplando, ceñudo, el celaje nocturno, esplendoroso de luces celestes. Se volvió al anciano—. ¿Cuál es? ¿Acaso estoy bajo los efectos de una droga? ¿He dormido, sin darme cuenta, hasta que oscureció? ¿Es que he caído en poder de otros traficantes de narcóticos, capaces de enloquecer y aturdir los sentidos de un hombre? ¡Vamos, responda de una vez por todas, o abriré fuego sobre usted, sin contemplaciones!

—Creo que no haría eso —sonrió tristemente el anciano—. Estoy desarmado, usted lo ha visto. No sería capaz de asesinar a un hombre que se limita a darle la bienvenida...

—¿Bienvenida? ¿Dónde? ¿En qué lugar, exactamente? —replicó Dan, agresivo.

—Aquí, en Ilia.

—¿Ilia? ¿Qué sitio es éste?

—Mire al firmamento, por favor —suspiró el desconocido—. Es la hora.

—La hora... ¿de qué?

—De que Thorgan aparezca en el cielo. Lo verá en todo su esplendor.

—¿Thorgan? —frunció el ceño Dan—. ¿De qué me está hablando? ¿Qué es eso?

—Véalo por sí mismo —hizo un gesto, señalando hacia el horizonte de aquel paisaje sereno y oscuro, extendido a sus pies, sin luces ni formas concretas, acaso una simple campiña, bajo la luz opalescente de las estrellas—. Mire. Ya surge...

Y era cierto.

Empezó a surgir.

Ante los ojos atónitos, llenos de estupor e incredulidad, de Daniel Akman, empezó a elevarse, por el horizonte, un astro nocturno.

El astro más inmenso imaginable. Una forma redonda, azul, gigantesca, que subía y subía en el cielo, hasta ocupar una enorme extensión de éste, eclipsando con su fulgor el de los astros más lejanos. Un resplandor azul, sobrenatural casi, inundó la campiña, revelando boscaje, planicies y agrupamientos de edificios de piedra. Como una luna ingente, cien o doscientas veces mayor que la luna que él siempre conociera, aquel astro colosal llegó a ocupar un tercio o más del espacio astral visible desde la galería.

—Santo cielo... —jadeó Dan, echándose atrás, bañados él y el anciano en la luminosidad azul—. ¿Qué... qué es eso? Nunca vi una luna... tan grande...

El anciano sonreía apaciblemente.

—No es una luna —explicó—. Es el planeta Thorgan. Nosotros estamos en la luna. Una de las lunas de Thorgan... La luna Ilia, exactamente. En una Galaxia situada a muchos años-luz de la

Galaxia donde usted se encontraba hace sólo unos momentos… No piense que yo estoy loco o que usted lo está. Ha sido, sencillamente, teletransportado desde su mundo al nuestro…

CAPÍTULO III

La Luna Ilia

Teletransportado.

Conducido a otro mundo. A otra Galaxia.

Años-luz. Acaso decenas. O cientos. O millares de ellos. Distancias insondables en el Universo. Una eternidad en Tiempo y Espacio.

—¡Imposible! —rechazó enfáticamente. Su razón le ayudo a repeler semejante idea absurda e increíble. Añadió, sacudiendo la cabeza con estupor—: No, no puedo admitirlo. ¡Estas cosas no suceden!

Y ceñudo, hosco, contempló ante sí el gran mural revelando las formas de un Sistema Solar ignorado, las dípticas planetarias dibujadas en torno a un inmenso sol blanco, todo ello bordado en el gran tapiz, con inscripciones propias de tiempos arcaicos. Pero en conjunto, muy minucioso y detallado. Uno de aquellos planetas, era Thorgan. Al menos, allí figuraba su nombre. Y el de dos satélites girando en torno suyo: *Ilia y Tenebra*.

—No puede ser —insistió, obstinado. Miró al anciano nuevamente, casi con angustia—. Usted sabe que no puedo creerlo.

—Imagino que ha de resultarle muy difícil, sí —suspiró el desconocido de larga barba—. Su mentalidad no está preparada para asimilar algo tan fuera de lo común. Pero insisto en que así han sucedido las cosas. Su cuerpo, sus prendas todas, la materia que usted representa, fue proyectada a través de millones de millas de distancia, para reagruparse aquí en igual forma que se disolvió, allá en su planeta. Fue como si nada hubiera sucedido. Un simple salto en el Tiempo y el Espacio. Para usted, un segundo. No sabremos nunca cuánto ha durado, en realidad, ese viaje fantástico que usted ha realizado.

—Pero ¿por qué habría de sucederme algo así? —protestó Dan—. No había instrumentos científicos allí. No había mecanismo alguno que pudiera… transponer mi cuerpo en el Espacio, trasladando mi materia a otro lugar. Y veo que tampoco lo hay aquí para recoger mis moléculas o átomos y reagruparlos.

—Habla sólo de Ciencia, cuando existen poderes más oscuros e ignorados que los científicos, capaces de cambiar las cosas y los seres con una simple invocación.

—¿De qué poderes habla?

—De los que están más allá del entendimiento humano. Poderes de la oscuridad…

—¿Magia? —Dan soltó una seca carcajada—. Por Dios no hable así. No hay magia capaz de hacer viajar a nadie por el Universo.

—Usted pertenece a una sociedad mecanizada e industrializada. Un mundo frío y tecnológico, donde los poderes de la mente y de lo sobrenatural no cuentan ya para nada. Aquí, es diferente. Sé poco acerca de su «viaje». Muy poco. Pero lo poco que sé, me lo dijo usted sin palabras.

—¿Yo? —pestañeó Dan, sorprendido.

—Usted, sí. Su mente. ¿Cómo cree que ahora, en este momento, estoy hablando yo su propia lengua? ¿Imagina que aquí, en Ilia, en una luna del planeta Thorgan, hablamos su mismo idioma? Sería absurdo. Lo cierto es que hablo su lengua porque me ha sido posible aprenderla en breves instantes, leyendo su mente.

—¡Imposible! —protestó de nuevo Daniel Akman—. No puede ser un telépata tan formidable…

—No es telepatía, simplemente —sonrió el desconocido anfitrión de Dan, en aquel mundo insólito—. Se trata de algo más oscuro e inexplicable para usted. Nuestros poderes pueden absorber el conocimiento humano preciso para adaptarnos a seres desconocidos con los que jamás tuvimos relación anterior. Ese es el hecho que se ha producido entre usted y yo. Como puede producirse entre usted y otros seres de Ilia con quienes se relacione… siempre que esos seres sean dueños de una fuerza mágica.

—Quiere decir…, ¿quiere decir que usted es un mago? —se burló Dan.

—Sí —dijo altivamente el anciano de blanca barba, irguiéndose—. Soy Azuk, sacerdote del Gran Dios Negro Sirkam, a quien invocó

usted en la Tierra, rogándole salir de allí, estar lejos de aquel lugar donde iba a morir… El Gran Dios Sirkam escuchó su ruego… y le trasladó a este mundo donde ahora se encuentra.

* * *

—El Gran Dios Sirkam… —Dan contempló aquella negra estatua, de alas amplias, de murciélago emplumado, y se estremeció. Por un momento, creyó haber regresado a la Tierra, al Iraq, a la trampa mortal en que se había convertido para él aquel subterráneo de las ruinas asirias cerca del Éufrates. Puso su mano sobre la fría piedra negra del extraño, inquietante ser alado—. Dios mío, ¿es esto posible?

Miró a su alrededor. Los sacerdotes no le escuchaban. Se limitaban a cantar extrañas y melodiosas letanías, en torno a la figura impresionante de la estatua negra. Eran todos ancianos y barbudos, como el hombre que dijera llamarse Azuk, y que recibió a Dan en principio.

Todos con dorada túnica, sentados en tierra, en torno a la figura de su ídolo, sobre sillares de piedra tallada, entornados los ojos, flotando al parecer su mente en un éxtasis religioso.

Y él, junto a la figura adorada por los sacerdotes de Ilia, preguntándose qué significaba todo aquello, qué había de real y de fantástico en su situación actual, completamente increíble.

Había empezado a aceptar el suceso como cierto, y eso ya era algo. Si no reaccionaba así, terminaría por enloquecer. Era una situación delirante, para cualquier ser humano poco dado a imaginar fantasías. Pero había evidencias contundentes: aquel enorme planeta azulado, de extraños continentes y oscuros mares, flotando en la noche singularmente luminosa, salpicada de nebulosas y estrellas sin fin… Aquel mundo que le rodeaba, de arquitectura y esculturas propias de los asirios… Aquellos ídolos y religiones politeístas, la convicción misma de hallarse lejos, muy lejos de todo cuanto él conocía, de todo lo que le fue familiar alguna vez…

Dan Akman no interrumpió las letanías de los sacerdotes del Dios Sirkam. Se apartó de la negra figura de piedra lustrosa, gemela de una que viera en el Iraq cuando creía estar en las fronteras de la muerte, y caminó hasta un gran arco de piedra asomado a la noche. Se sentó en los bloques graníticos, la mirada perdida en la distancia,

tratando de reflexionar, de ordenar sus confusos pensamientos.

Pero no era tarea fácil, ni mucho menos. La confusión presidía todas sus ideas actuales. Seguía preguntándose, ante todo, por qué. Por qué le había ocurrido aquello, por qué estaba ahora en semejante lugar, por qué un Dios remoto se preocupó de atender una petición suya, dictada por la desesperación de un trance irremediable...

No había respuesta. Ninguna respuesta, y eso era lo peor.

Allí, la Ciencia no parecía significar nada. Azuk habló sólo de... magia. Poderes ocultos, extraños influjos... El dominio de lo Desconocido. Algo arcaico, superado por el Hombre desde hacía siglos. Pero ¿era posible que la magia trasladase a seres vivientes a través del Cosmos?

Tenía que empezar a creerlo así. Aquella civilización que le rodeaba podía estar dotada de un gran cerebro y de una profunda sabiduría, pero no parecía en absoluto mecanizada ni inclinada a la Tecnología.

Los cánticos terminaban ya, al parecer, en el recinto destinado al Dios Sirkam, el alado ser, mezcla de roedor y humanoide, de ave y de hombre. A Dan seguía sin gustarle aquel ídolo, aunque sus sacerdotes fuesen ancianos venerables, de apacible trato y bondadosa expresión. Algo no encajaba allí, y le hubiera gustado saber qué era. La deidad negra, pese a todo, seguía pareciéndole siniestra e inquietante.

Azuk, que parecía ser el Sumo Sacerdote del grupo, habló en un murmullo a los demás, y luego se aproximó nuevamente a Dan, a quien miró con su expresión risueña y afable de siempre.

—Ya hemos terminado nuestros ritos habituales —dijo, calmoso —. Entre ellos, nuestra plegaria de gratitud por haber recibido entre nosotros a un huésped personal de nuestra divinidad.

—¿Huésped personal? —arrugó Dan el ceño.

—Eso dije. El propio Dios Sirkam eligió a su invitado, y deben serte hechos los honores, hombre de la Tierra, Tu nombre, dijiste, es el de Daniel Akman...

—Eso es.

—Para nuestra lengua es difícil pronunciar tanta palabra refiriéndonos a alguien. Hemos pensado llamarte solamente Akman, pero si tu nombre es Daniel y tu apellido Akman, y te gusta que te

llamen Dan, será mejor que nosotros te denominemos por ambos nombres, mezclados parcialmente. Serás Danak, nuestro huésped.

—Danak... —se encogió de hombros—. Bueno, está bien así. Danak, para vosotros, sacerdotes de Sirkam. Ahora, decidme: ¿qué puedo hacer yo en vuestro mundo? Cierto que salvé mi vida allá, en mi planeta, cuando fui trasladado a este mundo, pero quizá os interese saber que no me encuentro a gusto aquí, en un lugar que me es extraño. Y que, de todos modos, no podré permanecer en él mucho tiempo, por una razón muy simple: estoy enfermo. Padezco un mal incurable, del que moriré en breve. Además, me siento débil, cansado. Estoy herido, he perdido mucha sangre, y aunque a mi llegada aquí me he sentido mejor y más fuerte, lo primero que creo necesitar es reposo, curar mis heridas, reponer fuerzas... Después, tal vez debería vuestro dios devolverme a mi mundo, para que terminase mi vida como está marcado por el destino. Yo, aquí, no os puedo servir de mucho, la verdad.

El anciano le contempló con enigmática expresión. Su rostro bondadoso reveló interés y profunda humanidad cuando se aproximó a él y le puso una de sus largas, rugosas manos, sobre el hombro.

—Sabía ya todo eso, Danak —recitó brevemente—. Tus pensamientos no guardan secretos para un sacerdote de Sirkam. Vas a gozar de ese reposo seguidamente. Serás bien alimentado y atendido. Nuestros curanderos y magos atenderán tus heridas y tu estado físico. Podrás dormir cuanto desees. Luego, hablaremos de todo lo demás. Cuando estés recuperado, y seas dueño de tus energías habituales. ¿Conforme, Danak?

—No puedo sino afirmar —asintió Dan, pensativo—. Es demasiado agradable saber que voy a ser atendido debidamente. Y que, al fin, podré acostarme y dormir un poco... Pero antes me gustaría saber algo, Azuk.

—¿Qué, amigo?

—¿Por qué ha sucedido todo esto? ¿Por qué vuestro dios tuvo que elegirme a mí para el traslado a Ilia?

—Tú lo pediste en su presencia —sonrió enigmáticamente el sacerdote—. Además... los designios de Sirkam siempre son profundos e inaccesibles como su poder y sabiduría. El mismo, a no dudar, te dará la respuesta, Danak, cuando sea el momento...

* * *

Sí. Ahora se sentía mejor. Mucho mejor, realmente.

El reposo había sido útil. Los cuidados recibidos, habían hecho de él un hombre nuevo. Pero ningún medicamento había sido utilizado en sus heridas. Ninguna transfusión dio nueva sangre a sus venas.

Otra vez la magia...

Siempre los métodos esotéricos, los misterios de las invocaciones y los filtros. Como en la Edad Media. Y lo raro es que habían dado resultado. Tenía cicatrizadas por completo sus heridas. Estas no le dolían lo más mínimo. Se sentía fuerte y vigoroso. Su mente despejada, sus miembros fuertes y elásticos.

Se incorporó del cómodo, amplio lecho, desperezándose y clavando sus ojos asombrados en el ventanal asomado al exterior.

Era de día.

Un extraño día, dorado y luminoso. El sol blanco de aquel Sistema, centelleaba vividamente en la distancia. El planeta Thorgan, enorme en relación con el reducido tamaño de la luna Ilia, no era visible en el cielo ahora.

El aire era transparente y cálido. La atmósfera, perfectamente limpia y respirable, como la noche anterior. Observó e! paisaje. Al pie de su dormitorio, se extendía un frondoso bosque de vegetación azulada y extraños árboles rígidos, de copa aplastada. Aves singulares, de plumaje centelleante y colores insólitos, sobrevolaban las ramas, como pinceladas de un artista imaginativo sobre un lienzo delirante de cromatismos.

—Increíble... —se dijo, sacudiendo la cabeza—. Es algo que una mente humana no puede admitir fácilmente...

Recordó algo. Se acercó a su cámara polaroid. Tomó una fotografía del paisaje. Esperó el breve tiempo para el revelado automático, preguntándose si todo funcionaría como había funcionado normalmente en la Tierra.

A los dos minutos, abrió la parte posterior, extrayendo el negativo, y despegándolo de la brillante cartulina positivada. Estudió, fascinado, aquella fotografía.

Si en la redacción de *Flash* hubieran recibido aquella imagen, hubiesen pensado en un dibujo animado, una fantasía de Disney o cosa parecida. No tenía nada de real el colorido increíble del

paisaje. Pero la cámara había sido fiel a lo captado.

Guardó la fotografía con las demás. Le resultó singularmente incongruente mirar ahora los pozos petrolíferos en llamas, el campo de adormideras y hachís, o la guerra estúpida del Oriente Medio. Eran como retazos de otro mundo y de otros tiempos. Algo que en la Luna Ilia no tenía el menor sentido.

Respiró hondo, sacudiendo sus cabellos desordenados al mover la cabeza con aire reflexivo, preocupado. Un espejo de metal bruñido, le devolvió su imagen de ropas desgarradas. Sorprendido, descubrió también el reflejo de otras ropas, cuidadosamente plegadas, depositadas en un escabel, junto a su pesado lecho, digno de remotos tiempos.

Las tocó. Ropas de seda fina, plateada. Un taparrabos de recia piel labrada, con hebillas de cobre. Sandalias reforzadas con remaches de igual metal. Un casco de acero, forrado confortablemente. Y una espada en su vaina.

Sonrió. Era como la indumentaria de un actor de teatro clásico. Pero estaba limpia y pulcra. Se despojó de sus prendas destrozadas y tomó aquéllas, cuidando de guardar en la bolsa de piel de su cinturón las pertenencias que conservaba en su pantalón. Se contempló con la espada ceñida.

Tenía aspecto de guerrero de tiempos milenarios, presto a entrar en combate. Sobre su pecho, la seda plateada mostraba una efigie siniestra: el perfil alado y negro del Dios Sirkam. Era el único detalle que no le gustaba, pese a deberle la vida a la extraña deidad.

Con una mueca burlona, tomó su cámara fotográfica y su liviano fusil ametrallador. Era anacrónico por completo, pero se sentía más seguro con el arma automática que con la espada que colgaba de su cintura.

Se aproximó al cortinaje carmesí que cubría la arcada de piedra de la puerta de su dormitorio. Asomó. No vio gente armada, centinelas ni ser viviente alguno. Salió del dormitorio y caminó sobre las grandes losas de piedra, hacia una escalera descendente, que recordaba haber remontado en sentido contrario la noche anterior, precedido del sacerdote Azuk.

Su calzado crujía suavemente sobre las piedras, viejas de siglos. La luz blancuzca y deslumbrante del sol remoto, trazaba formas de claridad en los corredores umbríos. Daniel Akman, Danak para los

habitantes de la Luna Ilia, se sentía un poco como el yanqui de Mark Twain en la mítica Corte del Rey Arturo.

Llamó, con voz potente:

—¡Eh, vosotros! ¡Azuk! ¡Sacerdotes de Sirkam! ¿Dónde estáis?

Nadie le respondió. El silencio más absoluto reinaba en torno. Las piedras devolvieron huecamente su voz, rebotada en muros y bóvedas.

Alcanzó la planta baja, donde se hallaba la sala de ritos, con la gran estatua negra del Dios Sirkam. Esperaba hallar a alguno allí. Sentía apetito, y también deseaba saber qué iba a hacer las próximas horas de su nueva existencia. El ocio aburría a Dan hasta deprimirle

Llegó ante una de las cortinas escarlata que daban acceso a la cámara circular, sin haber visto a nadie por parte alguna. Era curiosa aquella soledad en la fortaleza de piedra donde su materia se solidificase de nuevo, tras el gran viaje a través de años-luz de distancia.

Levantó la cortina, y respiró con cierto alivio. Se acercó a los sacerdotes de dorados ropajes y luengas barbas blancas. Todos aparecían reclinados en torno a la estatua negra como en profunda meditación.

Entró con paso firme en la cámara. Ninguno de ellos levantó la cabeza. Sus pies resonaron en las Josas de piedra fuertemente. Llamó, enérgico:

—Azuk, atiéndeme. Necesito saber algo. Luego, seguiréis vuestras oraciones. Yo…

Tocó el hombro de Azuk. Este tampoco se incorporó. En vez de ello, cedió a la leve presión de Dan, y rodó de bruces sobre las baldosas. Dan, asombrado, se inclinó, para alzarle, por si había sufrido un colapso, por alguna razón. Lo volvió. Estaba rígido. Su faz ya no era solamente rugosa y venerable. Era una auténtica máscara de vejez, un rostro irreconocible de arrugas, de surcos, de edad increíble. Además… estaba muerto.

Dan se precipitó sobre los demás sacerdotes. Todos estaban muertos. Todos súbitamente viejos hasta la exageración. Como si fueran cientos y cientos los años sobre ellos acumulados de repente.

Perplejo, Dan se estremeció, como presintiendo en el aire quieto de la sala circular la presencia intangible de algo maligno y

oscuro…

Rodeado por los cadáveres de los sacerdotes, Dan sintió a sus espaldas algo repentinamente vivo. Algo así como un aleteo estremecedor, mientras unas zarpas parecían arañar el suelo con aspereza. Percibió un leve crujido de miembros en brusco movimiento…

Se volvió, empuñando el fusil ametrallador, en vez de la espada. Clavó los ojos en la negra figura de piedra del dios alado.

¡Sirkam, la estatua de piedra representando a una deidad mezcla de hombre, roedor y ave, estaba moviéndose, dotada de vida propia!

Unos ojos fosforescentes y malignos se clavaron en él, desde aquel rostro de humanoide y halcón, negro como el ónice, duro como el granito, pero repentinamente lleno de una vida sobrenatural y fantástica…

—Danak… —dijo una voz escalofriante, surgida del interior de aquella piedra animada horriblemente—. Danak, ahora eres tú el único servidor que poseo… El único que va a defender a su dios frente a los poderes del Mal y de la Oscuridad…

Un sudor helado cubrió el rostro y las manos crispadas de Dan, cuando la estatua negra, totalmente llena de vida su lustrosa piedra, se movió hacia él, sobre sus extremidades de ave y de roedor…

CAPÍTULO IV

Oscuros Poderes

Dan curvó el dedo en el gatillo, presto a disparar sobre la deidad.

Pero algo le decía que la piedra, por viva que estuviese, era inaccesible a los proyectiles de un arma de fuego. Y que si, realmente, Sirkam era un dios, sería muy improbable poderle abatir con esa facilidad.

Se detuvo, por tanto, vigilando a la figura fantástica del ídolo en movimiento. Miró en torno, viéndose solo por completo, rodeado de cadáveres de gente que parecía vieja de milenios. Su boca se entreabrió para hablar con torpeza:

—No..., no puedo entenderlo... —jadeó—. ¿Por qué ellos están muertos ahora? ¿Por qué tú, una figura de piedra, tiene movimiento y voz?

—Ellos cumplieron su misión, que era la de esperar al guerrero que habría de vencer a las Fuerzas del Mal. Ese guerrero está aquí, y eres tú, Danak. Tu misión es servirme y vencer al gran adversario común. Ellos... reposan ya por la eternidad, puesto que tú, al ponerte esa túnica y tomar la espada, aceptaste sin saberlo el papel que se te encomendaba. Y ese papel, es el de servirme fielmente hasta el triunfo final.

—¿El triunfo de quién? —replicó Dan, altivo—. Los dioses no hacen la guerra.

—Los dioses enviamos a los hombres a luchar en nuestro nombre. Así se hizo siempre en Thorgan, cuando el planeta estaba habitado por nuestra gran raza, la misma que un día llegó a tu mundo y creó un imperio nuevo...

—Entiendo... Babilonia... La Mesopotamia y sus misteriosas rampas o pistas de aterrizaje...[1] Las teorías que se consideraron

fantásticas, sobre seres de otros mundos, en el albor de la Humanidad…

—Eso, y muchas otras cosas que el Hombre ignoró… Sí, Danak. Los dioses vimos hundirse la civilización de Thorgan, y el planeta vecino se hizo inhabitable. Las Lunas acogieron a sus supervivientes, y ahora ellos residen en Ilia y Tenebra, los dos satélites naturales de ese mundo que muere. No crearon naves espaciales ni ingenios cósmicos. La magia y los poderes ocultos bastaron para trasladarse aquí.

El ídolo hablaba con un movimiento seco y conciso de sus negros labios lustrosos, de piedra viva. Las negras alas se agitaban, siniestras, como las de un inmenso murciélago reluciente. Dan escuchaba, fascinado, al ser de pesadilla. Y seguía diciéndose a sí mismo que, pese a todo, algo oscuro e inquietante había en Sirkam. Algo que no terminaba de gustarle, y que le causaba un profundo e indefinible terror.

—Aunque así hayan sido las cosas, ¿por qué yo habría de servirte de utilidad, a ti, un dios poderoso y superior? Yo soy solamente un hombre, tú lo sabes. Un hombre débil, enfermo incluso. Un hombre que no puede luchar contra fuerzas poderosas e ignoradas, como las que vosotros manejáis en estos mundos.

—Ahí está precisamente tu poder, Danak. En tu fuerza mental, diferente a la de los seres de Thorgan y sus Lunas. En su nulidad para ciertos embrujos y encantamientos mortales. Tu naturaleza difiere de la de mis gentes, y puedes combatir con posibilidades de victoria a los enemigos… rescatando, en primer lugar, a Iris.

—¿Iris? ¿Quién es esa persona?

—Iris es mi suprema sacerdotisa. La más bella criatura humana de Thorgan. Una mujer digna de las moradas de los mismos dioses. Nadie, sino tú, puede rescatarla del poder enemigo que la esclaviza a un horror indestructible.

—Iris, una sacerdotisa… —repitió Dan, perplejo—. Tu sacerdotisa, Sirkam… ¿Dónde está ella ahora?

—En Tenebra, la Luna maldita de Thorgan, donde moran las fuerzas del Mal y de la Sombra. Allá debes ir tú, Danak, y rescatarla en mi nombre.

—Espera, Dios Sirkam —cortó con repentina energía Dan Akman —. Estás dando todo por hecho de antemano, sin comprender que

todavía no he aceptado yo mi parte en esta cuestión, y que posiblemente rechace tu petición y me niegue a combatir en tu nombre. No soy un guerrero, sino solamente un hombre, un vulgar ciudadano de la Tierra, dedicado a informar a sus semejantes de lo que sucede en su mundo. Si empuñé un arma, fue por necesidad perentoria, no por convicción. Puede ocurrir que no me guste la misión que me exigen

—¿Te niegas a servirme, Danak? —tronó el ídolo, sin expresión en su negro semblante de piedra.

—Supongamos que sí. ¿Qué sucede entonces? ¿Vas a destruirme o a utilizar tu poder contra mí?

—No. No puedo hacer nada semejante. Si no aceptas, vuelve a tu mundo. Lamento haberme equivocado. Eso es todo.

—¿Todo? —Dan le miró, ceñudo, desconfiado—. No me fío de ti, Sirkam. Tu aspecto es el de un dios maligno y cruel. Tu físico, el de una criatura horrible y hostil. ¿Por qué debo confiar en ti? No eres mi dios. Ni creo en otros dioses que Aquel que yo obedezco.

—Estás en otros mundos donde hay divinidades diferentes, en un plano más tangible que aquel al que tú aludes. Dioses buenos y malos fueron dispersos por los mundos, como lo fueron las buenas y malas criaturas, por decisión expresa del Creador. Somos parte de mitologías extrañas a tu mentalidad, eso es todo. En cuanto al físico, debía pensar que vosotros, los humanos, sois maníqueístas y siempre visteis al Bien con el rostro de la belleza y al Mal con la fealdad, sin pensar que eso son sólo conceptos equívocos, prejuicios del hombre mismo. De todos modos, y para tu tranquilidad, te diré que esta imagen mía que ahora te habla, este ídolo que todos veneran... no es el verdadero aspecto de Sirkam, sino una de sus encarnaciones.

—Me gustaría ver alguna otra de esas encarnaciones tuyas, para sentirme tranquilo.

—No puedo mostrártela, Danak.

—Lo suponía.

—No es lo que imaginas, hombre de poca fe. Esos mismos poderes ocultos que te cité, son los que mantienen mi figura obligada a esta apariencia feroz que causa miedo y angustia. Sólo esos pocos sacerdotes ancianos, venerables y justos, comprendieron y siguieron adorándome y obedeciéndome, fieles a su fe. Los demás,

huyeron de mí, para buscar la belleza de la Diosa Aura.

—¿La Diosa Aura?

—El poder tenebroso, la fuerza misma del Mal —dijo el ídolo negro, mirándole malignamente—. Y, sin embargo, es hermosa y seductora, capaz de atraer a todo hombre hacia ella, para luego destruirlo. Es el peor de los enemigos que deberás atacar. Dueña y señora de todas las hechicerías malignas de Thorgan. Servida por infernales criaturas de auténtico horror. Pero olvidé que no aceptas servirme como símbolo de tus ideales. Olvídalo, Danak. Volverás a tu planeta en cuanto lo desees. Yo no guardo rencor a nadie por negarse a servirme.

—Supongamos que hubiera aceptado —dijo Dan, curioso—. ¿Cuál hubiera sido mi premio? Todo soldado extranjero es mercenario cuando lucha en tierra ajena. ¿Qué soldada me ofrecía el Dios Sirkam?

Una carcajada extraña y profunda resonó en la pétrea forma de la deidad viviente. Luego aquella voz de piedra dio la mayor de las sorpresas a Dan Akman:

—Te hubiera dado lo único que realmente no te pertenece desde hace tiempo: la vida, Danak.

—¿Qué?

—La vida. Larga, prolongada y segura… Tu enfermedad… puede ser destruida inmediatamente por mis poderes. Esa era tu soldada de mercenario, si así quieres llamarlo, Danak. Y aún estás a tiempo de ganarla, si decides correr el riesgo de serme leal hasta el sacrificio.

—Está bien —dijo Danak roncamente—. Acepto, entonces, Sirkam. ¡Acepto servirte hasta morir, si es preciso, a cambio de que mi vida me pertenezca de nuevo, sin el fantasma de un mal mortífero dentro de mi cuerpo!

Hubo como un fugaz, deslumbrador centelleo. Danak se sintió inmerso en un raudal de luz cegadora.

Cuando la luz se extinguió por completo, alrededor suyo no estaba ya la sala circular del templo de Sirkam, ni los viejos sacerdotes muertos… ni siquiera el propio dios de negra piedra.

* * *

Cielo hosco y nublado. Viento. Ausencia de estrellas en un celaje turbio y bochornoso. Noche oscura, sombría y desapacible.

Otra vez, un tránsito brusco de la noche al día. Un viaje imposible, a través del Espacio y del Tiempo. De un mundo a otro, sin duda. Danak entendía eso. Danak empezaba a hacerse a la idea de muchas cosas. A aquellos saltos sobrenaturales de su ser, a la brusca variación del ambiente que le circundaba.

La hechicería extraña, poderosa e inquietante de los vecinos lunares de Thorgan, el planeta extinto, había hecho mella en él. Sin que nadie se lo dijera, supo que estaba en otra de las Lunas. En Tenebra, la misteriosa y oscura. En el lugar donde se alojaba el poder mágico de las fuerzas del Mal.

Donde una hermosa criatura llamada Iris, sacerdotisa de Sirkam, era cautiva de los poderes ocultos. Donde una deidad bellísima y cruel, llamada Aura, era dueña y señora de las tinieblas.

Subconscientemente, sabía que estaba en Tenebra. Y sabía lo que decían las letras extrañas de aquel tablón situado a la entrada de la población cuyas luces brillaban ante él, en la noche lóbrega.

«AKOPOLIS.

CIUDAD DE LOS ASESINOS.»

Extraño nombre, pensó. Y extraño también que él entendiera aquella escritura remota, tan similar a la asiria, de la que nunca supo gran cosa. Algo sucedía en su mente. Un influjo inexplicable, acaso sobrenatural, le hacía pensar con claridad... en lengua ajena, desconocida hasta entonces.

Perplejo, probó a hablar consigo mismo en voz alta, mientras emprendía la marcha hacia el interior de la curiosa población casi fundida con las sombras de la noche sombría.

Y se dio cuenta de que estaba hablando en un idioma raro, oscuro, ignorado por él hasta entonces. Un idioma que, sin embargo, su lengua pronunciaba con rapidez y perfección..., ¡y que él entendía sin la menor duda!

—Una ciudad de asesinos... Y ellos mismos se reconocen públicamente, como una advertencia a los posibles visitantes... Pero ¿dónde está la ley aquí, en tal caso? ¿O no existe, realmente, ninguna ley en Tenebra?

Esa última y desagradable suposición, no acabó de gustarle. Pero se aventuró por las callejuelas que discurrían con calzadas fangosas y malolientes, nulas aceras, vertederos y regueros de pestilencias ante las puertas y fachadas de las casas, todas ellas de una rutinaria

regularidad, color siena y aberturas rectangulares como acceso y ventanas.

Las luces eran de aceite o de madera resinosa, y brillaban colgadas de los muros o en hornacinas con ídolos extraños, alados y multiformes. Cosa extraña: Dan no vio por parte alguna, la menor presencia del negro ídolo con cuerpo de roedor y hombre, alas de murciélago y cabeza entre humana y aguileña, del Gran Dios Negro Sirkam.

Dan, perplejo, contemplaba aquel ambiente arcaico, medieval, en contraste con la inverosímil circunstancia de que un poder de aquel mundo fuese capaz de trasladar a un ser humano, súbitamente, de un planeta a una luna, y de una luna a otra, sin límites de tiempo o de espacio.

Se paró repentinamente, al percibir sus oídos una rara y melodiosa musiquilla de instrumentos de cuerda y percusión metálica, con cierto aire oriental en el ritmo lento, monocorde. Con esa música, se mezclaban voces, risas, canciones y bullicio.

Los ojos perspicaces de Dan, tras escudriñar a dos individuos y a una mujerzuela ebria que se cruzaron con él, mirándole indiferentes, para desaparecer en las sinuosas esquinas inmediatas de la inquietante ciudad, se clavaron en el lugar de origen de aquella música y aquellas voces.

Eran dos vidrieras translúcidas, color amarillo intenso, flanqueando una puerta con cristales emplomados, de diversos colores. Encima, una rara muestra, a base de siete formas negras, con cabeza de míticos griffos. Y el nombre de la cantina, en las letras de reminiscencias cuneiformes:

«TABERNA DE LOS SIETE GRIFFOS.»

Las gárgolas eran de madera tallada, negra y lustrosa, imitando piedra. Por las rendijas de la puerta, escapaba humo del interior. Y un aroma que Dan conoció, sorprendido: carne asada y cerveza.

Recordó que tenía hambre. Ignoraba de qué animal podría ser la carne en aquel remoto confín universal, pero confiaba en que, puesto que había humanoides como él, sus alimentos no fuesen demasiado fuertes para un paladar humano. En cuanto a la cerveza, si olía igual que la conocida, no podía ser muy diferente.

Además, recordó las palabras del dios Sirkam: las plataformas de Mesopotamia, los visitantes de otros mundos en un remoto pasado,

las civilizaciones terrestres, heredadas de seres llegados del espacio exterior en los albores de la Humanidad...

Si todo eso era así, la cerveza podía ser factor común a muchos mundos visitados por los antepasados de los actuales habitantes de las lunas de Thorgan.

Empujó la puerta, acuciado por la sed y por el hambre. Contempló, pensativo, la sala repleta de humo, de olor a sudores, de voces y de aroma de comida y bebida. Otro sentimiento muy humano le asaltó, apenas clavó los ojos en el tablado del fondo, adonde dirigíanse las miradas de los presentes en aquel momento.

Hambre de comida, sed de cerveza... y sed y hambre de caricias. Deseos desatados, que hasta entonces permanecieran agazapados en su interior y que, de súbito, emergían a su epidermis, con un estremecimiento.

Una mujer había logrado esa sensación súbita e instintiva de Dan Akman, el llamado Danak. Recordó que era un hombre solitario. Y que no veía una mujer desde hacía tiempo. Mucho tiempo. Especialmente, una mujer como aquélla...

Su lúbrico contoneo, sus culebreantes pasos de danza en el escenario, a los compases de la musiquilla de cuerda y percusión, evocaban la sensualidad de Oriente y la picardía erótica de Occidente. Pero allí no había Oriente ni Occidente. Solamente un pequeño mundo, una luna o satélite, en torno a un planeta muerto.

Ella poseía un cuerpo de bronce vivo, de caderas ampulosas, de cintura breve, de nalgas agresivamente marcadas bajo los tules de una falda abierta a ambos lados de sus largas piernas esbeltas. Los senos, al volverse, vibraban enhiestos. El rostro era un óvalo hermoso y sensual, con verdes ojos profundos y larga melena azul-negra, golpeando la desnudez mórbida de sus hombros.

Sin aliento, Danak olvidó incluso el aroma a carne asada y a cerveza. La tentación era demasiado fuerte para eludirla con facilidad. Era un hombre solitario. Y aquélla, una mujer turbadora y llena de seducción femenina.

Se aproximó a ella, abriéndose paso entre las mesas ocupadas por hombres de torva expresión que miraban, asombrados, su corta túnica plateada, con el símbolo de Sirkam en el pecho. Y con mayor asombro aún, la forma insólita de su cámara colgada del hombro y su fusil ametrallador al brazo.

La danzarina giró su cuerpo sinuoso, describiendo unos arabescos llenos de sugestión y armonía rítmica.

Dan la siguió con mirada centelleante, que hubiera sorprendido a muchos de sus amigos en Londres. Acaso el medio ambiente podía influir tanto en los humanos como para llegar a ese punto. Pero, ciertamente, en esos momentos, Daniel Akman, el reportero británico, frío y correcto, era el guerrero sediento de muchas cosas. Y no se preocupaba de recatarlo. Era, tal vez, el hombre desnudo ante sus instintos. Y a esa reacción, no podía en modo alguno ser ajeno el clima y la vida misma de las lunas del planeta Thorgan.

Los ojos verdes fulguraron, al choque con la mirada oscura, parduzca y penetrante, del forastero en la Ciudad de los Asesinos. Ambos se midieron en silencio, sobre las notas sinuosas de la danza oriental. El estómago desnudo de ella, vibraba con el ritmo. Su carne morena, era bronce vivo que palpitaba, pasional, con el frenesí del baile.

Danak, el guerrero, sonrió. Era una sonrisa lobuna y abierta, no la sonrisa fría y civilizada de Dan Akman, el corresponsal fotográfico de *Flash*. Su mano fuerte se alzó cuando ella, sugerente, inclinóse, en voluptuosa maniobra, casi tocando el cuerpo del forastero con el suyo propio.

Un vaho de aromas silvestres, de cálida carne de mujer y de insinuaciones eternas, llegó hasta Dan con tono de embriaguez. Sus dedos acariciaron la mejilla, el hombro y el seno de la joven y escultural danzarina. Luego, fieramente, ella se echó atrás, con un repentino acorde brusco de la música de percusión. Las cuerdas vibraron, en notas agudas, que ella subrayó con sus evoluciones apasionadas. Ya no hubo nuevo contacto entre ambos. Ella ni siquiera le miró de nuevo.

Danak retrocedió lentamente hacia el mostrador de la taberna. Vio una mesa vacía, y la ocupó. Los demás clientes le miraron de soslayo, intrigados y recelosos. Danak no rehuyó sus miradas. Si estaba realmente en una urbe de criminales, no debía demostrar miedo o inquietud. Posiblemente aquel mundillo no era hecho para cobardes ni medrosos. El más fuerte, el más audaz, siempre tendría el respeto y, posiblemente, la admiración de los demás.

—Cantinero, dame carne asada y una gran jarra de cerveza, la mayor que tengas. Quiero la carne bien picante —le miró con fijeza,

mientras le pedía las viandas, hablando en voz alta en un lenguaje extraño a él hasta entonces y que, sin embargo, entendía perfectamente. Y, lo que era más importante, se hacía entender de los demás—. Tengo prisa, hambre y sed. Sírveme pronto, o me veré obligado a matar a otro más, Y ese otro serás tú. Últimamente, he matado a demasiada gente y he visto demasiada sangre derramada. No me gustaría estropear mi cena con algo parecido.

No mentía en esto último. Estaba pensando en los iraquíes que mató, allá al otro lado del océano de vacío cósmico, en un lugar llamado Tierra. Y en los cadáveres que viera ante sí en las últimas horas de su existencia en el planeta de origen.

El cantinero se alejó, sombrío, medroso. Un vecino de mesa tronó, mirándole con disgusto:

—Eh, extranjero, es mala cosa esa que dijiste. No nos gustan las amenazas aquí. Esta es una ciudad de criminales, cierto. Aquí nos refugiamos todos, huyendo de las leyes que nos persiguen. Pero precisamente por ello, en Akópolis procuramos respetarnos mutuamente y no matar a nadie, salvo a los guardias del Emperador.

—¿El... Emperador? —arrugó el ceño Danak.

—Exacto —le miró el otro asesino curiosamente, bebiendo un trago de cerveza y eructando luego—. ¿De qué lugar vienes tú, criminal vocinglero, que ignoras incluso la existencia de nuestro Emperador Yuldaw, de Tenebra, amo y señor de vidas y haciendas... fuera de los límites de esta ciudad?

—Vengo de Ilia, la Luna de los días serenos —suspiró Danak secamente—. Nadie me habló del Emperador. Ni sirvo a otro amo y señor que no sea el Gran Dios Negro Sirkam.

—¡Los cielos me protejan! —masculló el asesino, encogiéndose y retrocediendo rápido, tras apurar su jarra de cerveza de un solo trago—. Tú eres uno de esos asesinos capaces de hechizar a cualquiera con tus artes malignas. Un brujo del reino de los magos...

Pareció hacer algo así como un signo religioso, equivalente a persignarse entre los terrestres, y se alejó como alma que lleva el diablo, saliendo a la calle y cerrando con un seco portazo.

Danak miró en torno. Por fortuna, nadie había escuchado su conversación con el forajido, pero de ella había sacado jugoso provecho. Ahora sabía que mencionar Ilia y al dios Sirkam en

Tenebra, era como referirse al diablo en su mundo. Le atribuían dotes mágicas, y parecía buena cosa para ganarse el temor y el respeto incluso de los asesinos profesionales más desalmados… dentro de una ciudad destinada a refugio de todos ellos.

El tabernero le sirvió un trozo de carne asada, jugoso y aromático, bañado en salsa picante. La gran jarra de barro, espumeante de cerveza, tenía al menos dos galones de ese líquido. Suficiente para calmar la sed. Unos trozos de pan moreno y caliente, completaban el yantar.

—Buen servicio, amigo cantinero —ponderó, sonriente. Le miró, al añadir—: Recuerda que mi nombre es Danak, que soy guerrero al servicio del Gran Dios Negro Sirkam, y mi poder mágico puede asesinar a cualquiera sin tocarle siquiera, ¿entendiste?

El cantinero asintió presuroso, con gesto de terror, y se alejó rápidamente. Danak atacó la comida con entusiasmo. De repente, una idea le asaltó, cuando la fría cerveza, fuerte y sabrosa, pasaba su garganta, calmándole la sed.

—¿Con qué diablos voy a pagar esto? —se dijo.

No llevaba dinero alguno. Temía que los dólares y libras esterlinas que aún conservaba, de poco sirvieran en aquel mundo medieval, en el que ya había visto pasar de mano en mano, en aquella misma posada, monedas de oro y de otros metales oscuros. Eran arcaicas, desiguales y pesadas monedas, de las que él no poseía una sola.

Torció el gesto. Era un difícil problema aquél. Miró en derredor. En una mesa, un rollizo individuo, de barba negra y rizosa, reía y bebía, enrojecidas sus mejillas, con una pila de monedas de reluciente oro ante sí. Le acompañaban dos muchachas morenas, semidesnudas, con todo el aspecto de ser mestizas de diversas razas. Ambas opulentas y cariñosas para el hombretón, en cuya cintura se veían hasta tres dagas de diversa longitud.

Sin duda era un asesino adinerado, alguien que mataba por oro. Dan sonrió, asaltado por una repentina idea. Alzó su cámara «Polaroid». No importaba la escasa luz. El objetivo superluminoso de su cámara especial de reportero, compensaba esos fallos. Presionó el disparador, sin que nadie observara su acción. Esperó dos minutos.

Era una excelente, increíble fotografía de otro lugar en otro

mundo: un mesón en una luna habitada, perdida en otras galaxias. *Flash* pagaría por aquello todo el oro del mundo, pero el documento gráfico no estaba al alcance de *Flash* ni de nadie.

En cambio, sí iba a poderlo admirar alguien que jamás, antes de ahora, viera cosa parecida. La fotografía, en perfecto color, mostraba al gordo rufián, las monedas de oro, las jarras de cerveza y las curvas voluptuosas de las morenas muchachas.

—Eh, cantinero, olvidé el nombre de ese asesino gordinflón y obsceno que ocupa esa mesa —dijo en voz baja al mesonero, cuando pasó de nuevo ante él—. ¿Cuál es, realmente?

—¿Ese? El poderoso y cruel Zopek. Se dice que puede matar con la rapidez del rayo, y que sus tres dagas han segado ya más de doscientas vidas, extranjero…

Danak no dijo nada. Se limitó a sonreír, se incorporó, y bruscamente se plantó ante la mesa de Zopek. El gordo asesino le miró, receloso, llevando una mano rápida a la empuñadura de la más corta de sus dagas. Era veloz como una centella.

—No, espera —cortó Danak, risueño—. No me envía mi señor, el Gran Dios Negro Sirkam a causarte daño alguno o a probar en mi carne la frialdad de tus aceros, Zopek. Este es el presente que deseo hacerte en su nombre… a cambio de una simbólica moneda de oro tuya. Sólo eso. Y ningún brujo, jamás, podrá ofrecerte nada igual.

Puso la cartulina brillante sobre la mesa. Zopek la miró, atónito. Dilató sus ojos, dando un respingo al verse allí, tan nítido, tan perfecto y natural, junto con las chicas. Parpadeó, incrédulo. Tocó la cartulina y dio un salto atrás, como si la fotografía fuese un áspid.

—Es… es imposible —jadeó—. Nadie puede retratar tan perfectamente a los demás. Ni los artistas del Emperador en los tapices y bajorrelieves de sus palacios y templos…

—Yo sí puedo hacerlo. Yo, Danak, guerrero de Sirkam, lo hice. Y es tuyo ese maravilloso retrato, obra de mi magia. Nadie en Tenebra posee uno igual.

—¿Y… sólo por una moneda de oro? —masculló Zopek, desconfiado, pero no queriendo retirar sus dedos gordezuelos de la maravilla fotográfica en color.

—Sólo por eso. No hago negocio con mi magia, Zopek. Sólo hago un presente al mejor y más inteligente de los asesinos.

Zopek se inclinó, ceremonioso. En torno de ellos se había hecho un claro rápido. Los demás asesinos temían la reacción de Zopek ante un extraño tan osado. Y, sin embargo, un instante después, la mano de Zopek tendía a su interlocutor la pila entera de monedas refulgentes.

—Me sentiría ofendido si sólo tomaras una moneda, Danak —dijo, admirado—. Es tuyo. Todo esto es tuyo, aunque mereces cien veces más. Acéptalo, por los dieses, y ofrece lo que te sobre a tus sacerdotes. ¿Puedo… puedo conservar este prodigio mágico, de verdad?

—De verdad, Zopek.

—¿Y nunca se destruirá el encantamiento de sus imágenes?

—Nunca… si tú mismo no rompes el papel en que está impresa tu faz —sonrió Danak.

El asesino guardó celosamente entre sus lujosos ropajes aquella fotografía, obra para él de los más fabulosos hechiceros imaginables. A cambio de ella, Danak volvió a su mesa convertido en un adinerado caballero, puesto que su cena le costó solamente una cuarta parte de una de aquellas áureas monedas de cantos rectos y desiguales.

En el escenario, la danzarina de hermosura singular había terminado su actuación, y se retiraba entre aplausos de los presentes y exclamaciones soeces de complacencia. Saludó repetidas veces, y se ausentó, tras una cortina púrpura, que al alzarse reveló, fugazmente, a ojos de Danak, la presencia de una escalera al fondo, conduciendo a un altillo de lóbrego aspecto, iluminado por macilentas luces de aceite.

Danak se sentía satisfecho por la comida. Y por la fresca cerveza, por las monedas de oro tan fácilmente obtenidas… e incluso por la fugaz mirada de soslayo que la hermosa danzarina le dirigiera, como una muda invitación, cuando se eclipsó entre los pliegues purpúreos del cortinaje.

Estaba dispuesto a esperar que ella regresara a la sala, para invitarla, cuando observó algo inquietante: de unas mesas alejadas, en una zona más sombría de la posada, se habían levantado hasta seis hombres.

Y subrepticiamente, uno tras otro, aquella media docena de individuos sinuosos, se perdían tras la misma cortina que acogiera a

la danzarina de las curvas mareantes. A Danak no le gustó nada su común expresión de malignidad.

Resueltamente, él también se incorporó de su mesa. Caminó hacia los cortinajes. En un momento, los cruzó, hallándose en el húmedo corredor oscuro que llevaba al fondo del recinto. La música de cuerda quedó atrás, igual que las voces y risas de los clientes de la Taberna de los Siete Griffos.

Mecánicamente, desenfundó la espada. Podía empuñar su fusil ametrallador, arma tan prodigiosa en Tenebra como podía serlo el hecho de hacer una vulgar fotografía en color a un hombre. Pero recordó que sólo poseía una cincuentena escasa de proyectiles, y podían serle útiles en su importante tarea de hallar a Iris, la sacerdotisa de Sirkam en poder de la Diosa del Mal, la hermosa y maligna Aura.

Para seis rufianes de aquella catadura, le bastaría con su espada y sus músculos. Siempre había sido buen luchador, tanto como boxeador amateur, como al dedicarse a lecciones de karate, allá en su mundo. Quizá el ídolo viviente había advertido todo eso cuando le nombró guerrero suyo.

Ahora, sin heridas, sin debilidad física, e incluso sin aquella inevitable tristeza y abatimiento que a veces le producía su tumor incurable —prueba tal vez de que Sirkam cumplió su palabra y le privó de él—, se sentía fuerte, capaz de todo.

Arriba, en el altillo, se percibió repentinamente el grito agudo, aterrorizado, de la danzarina. Y forcejeo de lucha, ruido de objetos caídos violentamente…

Danak se precipitó escaleras arriba, a la luz de las lámparas de aceite, amarillentas y fantasmales, esgrimiendo la espada que el anciano Azuk le proporcionara a su llegada a la Luna Ilia.

Segunda Parte

MUNDO DE HORRORES

CAPÍTULO V

Magia Negra

La puerta débil, quebradiza, de tablas mal ensambladas, cedió fácilmente al empellón vigoroso de un Daniel Akman que había entrado plenamente, física y psicológicamente a la vez, en el nuevo ser que era, el guerrero Danak. Su cerebro frío y calculador, de audaz corresponsal gráfico, se había puesto de modo automático y sorprendente al servicio de una idea combativa y violenta, casi feroz. La idea del guerrero en busca de algo que, en este caso era, además, su dama. O, cuando menos, una dama...

Aquel hombre joven, fuerte, enjuto y musculoso, adiestrado en el deporte y en la acción, no buscaba ahora una fotografía oportuna, sino defender a alguien en peligro. Alguien que, por ende, era también mujer, aunque no fuese la idílica Iris mencionada por la voz de piedra y misterio de Sirkam, la deidad negra de alas de murciélago,

Y quebró la puerta con una facilidad pasmosa, haciéndola añicos y penetrando violentamente en el camerino de la danzarina de piel de bronce.

Si antes estaba poco vestida en el escenario de abajo, ahora batía su propio récord generosamente, exhibiendo la generosidad de sus formas. Pero no era culpa de ella, sino de los demás.

Y los demás eran seis hombres. Seis rufianes de la ciudad de los asesinos, la picara y desvergonzada Akópolis. Algunos de ellos, iban armados con cuchillos, y acosaban a la bailarina con torvo gesto agresivo.

Dan Akman —Danak, para ser más exactos, puesto que era ya, de hecho, el guerrero que pidiera la deidad negra en su patética invocación, allá en el templo asirio de Ilia—, enarboló la espada cuando se enfrentó a la media docena de granujas agresivos. Ella, la

hermosa danzarina, chilló agudamente, con voz trémula, quebrada:

—¡Esos cobardes asquerosos...! ¡Pretenden ultrajarme, raptarme, llevarme con ellos a alguna inmunda pocilga donde...!

—¡Tú no te metas en esto! —silabeó uno de los asaltantes, apuntando hacia Dan con su daga—. ¡Podemos cortarte el cuello de un solo tajo, maldito seas!

—Probad, ratas —silabeó Danak, encarado a ellos, agazapado como un felino, su fusil ametrallador en la zurda, su espada en la diestra—. ¡Probad y os llevaréis una sorpresa, hatajo de cerdos asesinos!

—¡Tú no serás mejor cuando estás en esta ciudad pestilente! —rio otro de los asaltantes con voz ronca, precipitándose sobre él, con una afilada hoja, curva como la de una hoz, en su mano derecha—. ¡Y nosotros somos seis expertos en ese arte, imbécil!

La bailarina estaba a espaldas de Dan, pegada al muro, con ojos dilatados por el terror. Dan esperó a los agresores. El primero fue el de la hoja curva y afilada, que centelleó a la luz de una lámpara de aceite. Se lanzó sobre él para decapitarle con aquel arma temible.

Danak tuvo suficiente con apartarse, veloz como la centella. Al mismo tiempo, manipuló su espada con fortaleza y decisión. Sintió un crujido. Dos hemisferios craneales se separaron, entre un chasquido de huesos hendidos. Sangre y encéfalo salpicaron por doquier. Otro asesino brincó, intentando clavar su daga en el vientre de Dan. Su acero afilado chocó con la hoja sangrante de la espada del extranjero. Luego, con un mandoble, le desarmó, lanzando la daga muy lejos, con sordo tintineo. Otro mandoble cortó un brazo del agresor y parte de su tronco, a la altura de la cintura, con un torrente escarlata que bañó las paredes.

Ya eran sólo cuatro adversarios frente a él. Danak, con un rugido propio de una fiera combativa, se precipitó sobre ellos, dando remolinos a su ancha espada sangrante. El grupo, aterrado, retrocedió ante aquel hombre temible que se les venía encima implacablemente. Trataron de escapar, pero uno de ellos cometió el error de revolverse, aullando con ira, y extrayendo de entre sus ropas una pesada pieza de hierro cilindrico, capaz de aplastar una cabeza como si fuese un fruto maduro, al menor impacto.

Danak le clavó contra los restos de madera de la puerta, atravesándole el cuerpo de lado a lado, e hincando el acero en las

tablas. El aullido del hombre ensartado, fue terrorífico y agudo, un clamor escalofriante de muerte.

Por una ventana angosta, dos de los hombres, amedrentados, se precipitaron al barro fétido de la callejuela que discurría al pie del muro, para no estrellarse contra la furia aniquiladora del extranjero.

Solamente un último hombrecillo se quedó como petrificado, en medio del camerino, mientras la bailarina sollozaba de angustia, enfrentada a aquella masacre sangrienta. El rostro de Danak se volvió a ella, sudoroso y crispado.

—No temas, preciosa —murmuró con los labios furiosamente apretados—. Esos puercos no pueden vencerme fácilmente...

—¡Cuidado! —chilló ella agudamente, con una mirada de pavor hacia sus espaldas.

La llamada de la hembra de ardiente figura y sinuosas curvas fue muy oportuna. Danak se volvió en redondo, dando un giro total a su espada sangrante. Una cabeza pequeña voló por los aires, separada del tronco, entre dos chorros restallantes de sangre. En las manos del pequeño hombrecito del grupo, el único que se quedara allí, se veían ahora dos armas terroríficas: dos púas de acero, largas y afiladas, que apuntaban a la espalda de Danak irremisiblemente.

Este se quedó sin aliento, viendo caer el cuerpo del último enemigo abatido, aquel al que considerara más inofensivo y débil. Nunca cometería otro error así...

Lentamente, se volvió hacia la danzarina. La miró, Y ella a él. Fue una mutua ojeada, profunda y vibrante. Como vibrante era la carne morena de aquel cuerpo medio desvestido. Como profunda era la intensidad de las verdes pupilas de la opulenta joven recién salvada del desastre.

—¿Cómo... cómo podré agradecerte...? —susurró ella, temblando sus labios carnosos.

—Vamos, no sigas, muchacha —sonrió él—. Imaginaba algo así al verles venir. No iba a tolerar que te hicieran ningún daño. Bailas muy bien... y eres muy hermosa. No, no podía permitirlo.

—Y no lo permitiste —musitó la danzarina acercándose a él con sinuosidades de paso de danza, lento y perezoso. Sus formas temblaban con estremecimientos sutiles—. Zyra te lo agradecerá toda la vida...

—¿Zyra? —repitió Dan—. ¿Es ése tu nombre, preciosa?

—Sí. ¿Y el tuyo? —estaba junto a él, y estiró la mano, acariciando sus cabellos revueltos, con lentitud morbosa.

—Danak. Danak del Sol —comentó él, irónico, burlándose de su propio origen un poco, y dando a su nuevo nombre cósmico algo de aureola mítica.

—Danak del Sol... —susurró ella—. El fuerte y victorioso Danak del Sol, que se ganó la gratitud y el amor de Zyra... con la fuerza de su muñeca y el coraje de su corazón...

Cuando Danak quiso darse cuenta, una sierpe lujuriosa, de humana epidermis y húmedos besos, le envolvía en un abrazo cálido y estremecedor. Danak hubiera querido luchar contra eso. Pero era difícil. Más difícil que luchar contra seis, doce o veinte enemigos de su propio sexo, por supuesto.

Así, Danak vivió su primera aventura sentimental en Tenebra, en una de las lunas de Thorgan...

Tal vez la última.

* * *

Danak despertó con la súbita impresión de que algún peligro intangible pero cierto le acechaba. Danak supo, intuitivamente tan sólo, que algo andaba mal.

Y abrió los ojos, apartándose de la piel sedosa y broncínea de Zyra, la bailarina.

Desorbitó aquellos mismos ojos que acababa de abrir. La piel ya no era tan sedosa ni tan broncínea.

¡La piel se volvía escamosa por momentos! Era un hermoso cuerpo de una víbora gigantesca, enroscada y terrible, la que tenía, fría y maligna, pegada a su propia piel, en aquel sórdido camastro de la vivienda de Zyra, en uno de los sinuosos y tétricos barrios de la Ciudad de los Asesinos.

Saltó atrás con un aullido. Buscó, frenético, la espada, mientras Zyra se erguía, despacio, reptante..., ¡hecha una enorme sierpe viscosa, color oscuro, de sibilante voz y pequeños, crueles ojos centelleantes, sobre la abierta boca y la bífida lengua que chascaba el aire, en dirección a Danak!

La metamorfosis, la mutación horrible, producida durante el sueño, resultaba incomprensible. Pero cierta. Era un hecho absurdo, fantástico. Pero real. Y eso era lo que ahora enfrentaba Danak, mientras tanteaba, se— midesnudo, en busca de su poderosa

espada, aún con sangre de asesinos seca sobre el afilado acero.

Le estremeció hallar el muro vacío, donde colgara su arma. Giró la cabeza, al percibir otro sonido sibilante, cercano a él, en dirección opuesta a aquélla en que se encontraba la nueva Zyra, convertida de culebreante bailarina en bailante culebra.

¡Muchas culebras más pequeñas y negras que Zyra, la mujer-sierpe que reptaba, sinuosa y fría entre las revueltas sábanas, aparecían por doquier, como en la pesadilla delirante de un alcohólico emergiendo de debajo de toscos muebles, de tapices y cortinas, e incluso surgiendo de ventanas y puerta, en alud aterrador que cercaba a Danak en un auténtico atenazamiento de muerte!

—Maldita bruja… —jadeó, mirando a la sibilante masa reptante y escamosa que era ahora Zyra, su apasionado amor de unas horas. Estudió, con su mirada frenética y sus manos desnudas, la horda de reptiles que formaban un cerco de horror sin límites. Casi podía sentir su fría y viscosa humedad cercana, como un azote gélido y repugnante, que podía enroscarse en torno suyo en cualquier momento.

¡Su espada era arrastrada, lejos de su alcance, por un grupo de una docena de pequeñas víboras, mientras al menos otras dos docenas protegían, sibilantes, a las ladronas!

Y, por otro lado, la espantosa y enorme sierpe que era ahora Zyra, cuyas facciones se habían ido fundiendo en escamas viscosas, hasta adoptar, como su cuerpo lúbrico, la apariencia del reptil maligno, parecía dispuesta a lanzarse sobre él en un abrazo más de aquella apasionada noche de amor…, ¡pero en un abrazo implacable de muerte!

La mirada centelleante de Danak, se clavó en algo que nadie había atendido, colgado del respaldo de un asiento tosco, de recia madera. Su cámara «Polaroid»… ¡y su fusil ametrallador, completamente desconocido en Tenebra y en todo el Sistema Solar de Thorgan, posiblemente!

Respiró hondo, con alivio. Una especie de maligna y feroz mueca crispó su rostro sudoroso, lívido. Los maléficos reptiles de la negra magia de Tenebra, habían olvidado ahondar algo más en su mente, escudriñar sus pensamientos y saber que aquel elemento oscuro y desconocido, era precisamente lo que podía cambiar una

situación desesperada en un trance con muchas posibilidades de ser remontado.

Danak saltó como un felino sobre aquel mueble. Aferró el arma. Accionó su seguro con celeridad, y volvió el cañón negro hacia Zyra y su masa de reptiles pequeños.

Apretó el gatillo, sin vacilar un solo instante, cuando la enorme culebra humana que era la bailarina de la Taberna de los Siete Griffos saltó sobre él, con un raro bufido agudo y cruel...

Dio a su brazo un movimiento semicircular, mientras daba al arma un impulso de ráfaga vertiginosa. Las balas salieron a chorro, entre un crepitante estruendo, desconocido para la civilización de las lunas de Thorgan.

Fuego, llamaradas y humo acre de pólvora, por vez primera desde aquella remota lucha en Iraq, brotaron del fusil ametrallador.

El terrorífico tiroteo lo arrasó todo. La gran culebra que fuera antes una mujer lujuriosa y resplandeciente de hermosura sensual, saltó atrás con un sonido estridente y horrible, virtualmente acribillada su cabeza, tan hermosa como terrible, en un amasijo de sangre y piltrafas escamosas. Simultáneamente, el giro del arma barrió a docenas de pequeños reptiles, que como fragmentos o tentáculos de un único monstruo invisible y gigante, se agitaron espasmódicamente, rotas sus cabezas por la criba de balas, desde un extremo a otro de la habitación sórdida, alumbrada por el candil de aceite, en la mesilla.

Danak contempló, en el repentino silencio que siguió a una descarga de treinta proyectiles a bocajarro, el caos de serpientes de todo tamaño, en un mar de fría sangre de reptil.

Bajó luego la liviana arma humeante, que aquellas gentes de un mundo mágico y oscuro no entenderían quizá nunca, y avanzó entre cuerpos escamosos que se agitaban en su agonía, para recuperar su espada y, sin agotar la última reserva de preciadas balas, tomar la poderosa espada y, a mandobles, segar las cabezas de las escasas serpientes que aún sobrevivían.

Un momento después, sudoroso y agitado, contempló aquel amasijo de víboras muertas, de destrozo feroz. Se enjugó el sudor a manotazos. Con expresión desolada, clavó sus ojos en la que fuese en vida la hermosa y deseable Zyra. Se preguntó si, realmente, había amado fugazmente a una mujer, un reptil... o una mágica

mezcla de ambas cosas.

—Hechicerías, sortilegios, negra magia de estos mundos oscuros y perdidos en el pasado de civilizaciones ancestrales... —jadeó Danak amargamente—. Zyra me gustaba... Era hermosa, era femenina, era amorosa y tierna, cálida y deseable. Me pregunto si todo eso fue también cosa de los brujos de este mundo maldito...

Se lo preguntaba, sí. Pero nadie podía responderle.

Por eso Danak, recuperando su arma automática y su arma tradicional, la metralleta y el acero, lo mismo que su inseparable cámara «Polaroid», abrió la puerta de aquel alojamiento femenino, y partió, angustiado, sin volver una sola vez la vista atrás.

Alcanzó la puerta de la calle, se dispuso a salir, pisando la calzada sucia, salvando antes los regueros laterales, de aguas sucias, detritus y desperdicios hediondos, y justo entonces gritó alguien, en alguna parte del sórdido barrio de Akópolis, Ciudad de Asesinos:

—¡Ocultaos todos! ¡Hermanos, aprisa! ¡Vienen los reclutadores de legionarios para la Legión Escarlata!

Oyó gritos de terror dispersos. También escuchó ruido de redoble de patas de cabalgaduras en el irregular pavimento ciudadano, y estruendo de aceros, mezclados con gemidos de agonía o alaridos de exasperación.

Danak no sabía lo que era la Legión Escarlata de Tenebra, pero se ocultó rápido, en el portal de Zyra, conteniendo el aliento.

Sólo un instante después, supo de lo que la voz oportuna de alerta le había salvado.

* * *

Ahora lo sabía.

La Legión Escarlata...

Extrañas cabalgaduras que no eran caballos. Ni nada parecido siquiera. Parecían enormes avestruces con patas de potro velludo. Las cabezas eran de lagarto. Llevaban alas cubiertas de plumas rojas. Los jinetes también vestían caperuza escarlata, y enarbolaban enormes alfanjes curvos, mientras aullaban como posesos.

Detrás, una larga hilera de presos, encadenados y gimientes, ensangrentados algunos, seguían a los caballeros de la inquietante Legión. Algunos eran tan recientes, que otros encapuchados escarlata estaban aún cerrando los grilletes, sobre la marcha, a sus muñecas y tobillos.

—Que el cielo me lleve, si entiendo lo que sucede —jadeó Danak, en la sombra—. Son..., son como las antiguas levas de marinos. Forzados para una Legión, sin duda alguna. Y el que se resiste, muere violentamente...

Observó que detrás de los jinetes, hombres a pie, con el uniforme escarlata, la caperuza y el corvo sable, iban entrando casa por casa y puerta por puerta, en busca de nuevos cautivos. Era cosa de instantes que dieran con él y le unieran a su larga hilera de presos y forzados.

Se mordió el labio inferior. Volver arriba, no resolvería nada. Buscarían hasta hallar a alguien con vida. Su mente trabajó aprisa. De aquel momento dependían su vida y su libertad. No había llegado a Tenebra, tras su promesa a Sirkam, para ser un simple esclavo, condenado a morir en una Legión extraña y cruel que reclutaba a viva fuerza a sus componentes.

Recordó al Emperador Yuldaw, nombrado por el asesino de la posada. Sin duda, así conseguía su fiel ejército mercenario. No era un método ortodoxo, pero sí de gran sentido práctico, sin duda alguna. Una leva en la ciudad de los asesinos, daría siempre nuevo material humano para sus Legiones. Y él no estaba dispuesto a ser legionario de nadie.

Danak tomó una rápida decisión, la única que se le ocurrió en esos momentos. Corrió escaleras arriba. Penetró en la estancia repleta de reptiles muertos, sangre y destrozos. Clavó su mirada en una percha del muro ensangretado.

Las ropas de Zyra...

Avanzó por encima de los cadáveres de los ofidios triturados a balazos o decapitados a tajo limpio. Tomó esas ropas, y un tocado de sedas de colores. Se despojó de sus ropas, que envolvió, junto con la espada, la cámara y el fusil ametrallador. Desnudo su cuerpo bronceado y elástico, lo cubrió con aquellas ropas femeninas. Los velos de suave tul plateado envolvieron su viril figura. Se encogió, y descendió las escaleras, cimbreando poco a poco sus andares. Su largo cabello rebelde, podía ayudarle, especialmente en aquella penumbra intensa de la noche en la Ciudad de los Asesinos, salpicada sólo de débiles luces de aceite.

Danak salvó limpiamente la puerta, tras dejar detrás en un oscuro rincón, el hatillo de sus ropas y armas Canturreando con

tenue voz débil, algo aguda, salió de la casa. Rápidamente, tres legionarios de caperuza carmesí y centelleantes alfanjes curvos, se plantaron ante él.

Bajó la cabeza, como si sintiera timidez. Un asco incontenible le asaltó al contacto de recias manos nervudas, que le manoseaban.

—Eh, preciosa, ¿adonde vas tan de prisa? —preguntó uno—. Es la Legión. Sabes que debes esperar...

—Claro —susurró Danak, con su falsa voz femenil— Mejor id arriba. Hay tres tipos nada menos.

—¿Tres? —brillaron los ojos del oficial—. ¿Jóvenes, fuertes...?

—Como animales salvajes —rió Danak entre los velos que, afortunadamente, cubrían su semblante—. El amor y la cerveza les convierte en bestias dormilonas..., pero de buenos músculos para la Legión Escarlata, oficial.

—Buena chica. No te muevas. Si esos tipos son como dices, merecerás una recompensa. Al menos, una kropa de oro...

—Descuida —rió él, con coquetería casi—. No me moveré, apuesto oficial...

Pero apenas éste y sus hombres corrieron escaleras arriba, en busca de tan golosa presa, Dank penetró en el portal, recuperó su bulto y, rápidamente, se deslizó calle abajo, pegado al muro, para terminar en la esquina inmediata, cara a un callejón de sombras que era su objetivo.

Sin embargo, la suerte le acompañó. Un legionario de roja caperuza bebía agua en una fuente. Su rara montura abrevaba en una especie de gran copa de piedra, repleta de líquido sucio.

Danak descargó un tremendo golpe con la culata de su fusil, en la nuca del legionario. Momentos después, vestido como un miembro de la Legión Escarlata, montaba en aquel extraño ser alado, y se perdía en dirección opuesta al resto del destacamento, hasta que las sombras de la noche lo engulleron en el laberinto de callejuelas de la Ciudad de los Asesinos.

Los gritos de los enfurecidos y burlados legionarios, con su oficial al frente, tras hallar arriba tan sólo una matanza de reptiles mágicos, ni siquiera llegaron ya a él...

Esa noche, lejos de la Ciudad de los Asesinos, y lejos al parecer de todo otro peligro, por primera vez, Danak soñó con Iris, la hermosa y desconocida cautiva de la Diosa del Mal, la perversa e

ignorada Aura.

Y fue algo más que un sueño…

CAPÍTULO VI

Iris… Y La Pesadilla

Iris…

Iris, la más hermosa criatura…

Eran palabras de una deidad. De la oscura deidad de negra piedra, llamada el Gran Dios Negro Sirkam.

Eran algo más que palabras, si un sueño podía ser un reflejo de una realidad tangible, en alguna parte de la Luna Tenebra.

Era… el retrato mismo de Iris. O, cuando menos, de la Iris que Danak soñó…

Flotó ante él como una visión celestial, emergiendo de entre centelleos de estrellas y fulgor de nebulosas. Una belleza cósmica y deslumbrante, de cabellos de plata, en cada uno de los cuales las estrellas mismas parecían repetirse en fulgores ideales, dando a su cabeza un nimbo de luz y de esplendor, que aún resaltaba más la belleza fascinadora de unos inmensos, rasgados ojos jaspeados, como de oro y esmeralda a la vez, una boca suave, roja y carnosa, una breve nariz, un gesto dulce y a la vez cálido y apasionado…

Su cuerpo turgente, sus carnes rosadas, envueltas en un tejido de sutil translucidez, era como una sombra, una silueta delicada y fascinante, sobre el que se desparramaba, en cascadas áureas, la luminosidad cristalina de aquellas ropas fantásticas, dignas de una hija de los astros.

Así era Iris en su sueño. Si es que era un sueño o una imagen filtrada en su mente por alguna de las magias increíbles de Thorgan y sus lunas.

Y aquella Iris fabulosa, hecha de carne y de luz, de belleza y de fascinación sin límites, aquella criatura digna de un ballet cósmico deslumbrador, extendía hacia él sus brazos desnudos, donde las estrellas parecían juguetear, chispeando sobre la tersura de su piel

en mil reflejos, y su voz melodiosa, como de vibraciones de plata y de cristal a la vez, clamaba dulcemente, pero a la vez con desesperación infinita:

—Ven, Danak... Ven a mí, Danak, poderoso luchador... Sálvame... Sácame del horror que me envuelve, y llévame contigo a la libertad y la vida... Danak, sálvame... ¡Danak...!

Luego, un ramalazo de oscuridad repentina, una sombra humeante y en torbellino emergía de alguna parte. Y se llevaba a Iris, la hermosa criatura de los astros.

Ella desaparecía envuelta en aquellas tinieblas repentinas, que se eclipsaban envolviéndola en su tenebroso manto de oscuridades y terrores.

Danak, sudoroso, acongojado y estremecido, despertó bruscamente.

Estaba solo. Solo, y bañado en sudor. Solamente una forma viviente se agitaba en la oscura noche, cerca de él, la montura extraña de uno de los legionarios del Emperador Yuldaw, de Tenebra.

Puesto en pie, tambaleante, impresionado aún por la visión de una belleza tan fulgurante y deslumbradora, trató de poner en orden sus pensamientos, de decirse que no había sido todo más que un sueño.

Un sueño donde vio a la más bella mujer jamás imaginada. Un sueño que, al final, se rompió en sombría pesadilla, quebrándose sus centelleos de oro y plata, envolviendo el cuerpo divino de la hermosa, para hundirse en las sombras del terror y del vacío.

—Iris... —susurró. Y el frío aire de la noche de Tenebra, en cuyo celaje sombrío no asomaba ahora la gran mole azul del planeta Thorgan, como lo hiciera en Ilia a su llegada, le devolvió el eco apagado de su propia voz, llamando en vano a quien no estaba allí, ni tan siquiera ya en sus propios sueños. Y repitió una y otra vez en vano—: Iris... Iris...

Lenta, cansadamente, caminó hacia la singular montura alada, para continuar viajando en la noche. Le movía ahora un impulso superior a su propia voluntad. Acaso no todo había sido un sueño y, en alguna parte, la auténtica Iris le reclamaba, le exigía el esfuerzo supremo para salvarse del terror y de la esclavitud, bajo el poder tenebroso de la Diosa Aura, dueña y señora del Mal y de las

Tinieblas,

Danak del Sol, como él a sí mismo se llamara, montó en el extraño ser alado. Partió en la noche, cabalgando hacia las regiones donde sabía que ella debía encontrarse cautiva. Le guiaba un instinto superior. O acaso el influjo de hechicerías profundas e inexplicables, en un mundo donde la lógica significaba poco, donde la magia actuaba sobre las criaturas vivientes, convirtiendo a hermosas mujeres en mortíferas sierpes y permitiendo hablar y moverse a las estatuas de piedra.

Un mundo, en suma, donde todo parecía posible. Pero, especialmente, aquello que era teóricamente imposible…

* * *

El animal se encabritó, como lo haría en la Tierra un caballo asustado.

Un sonido raro y agudo brotó de su rara boca puntiaguda, de negro hocico húmedo. Podía ser el relincho de un cuadrúpedo normal, pero no lo era. Sin embargo, debía equivaler a ello, porque el animal se agitó, encabritándose de nuevo, y mirando con ojos dilatados por el pánico hacia el oscuro y denso bosque que se extendía ante ellos, como formando parte de la noche. Una noche que, de súbito, era algo más que sombra intangible, y adquiría forma y gravidez.

El bosque…

Era el bosque lo que asustaba a la montura. Danak percibió bajo sus fuertes, musculosas piernas, el temblor creciente del cuerpo del emplumado animal. Miró, escudriñador, hacia los árboles.

Eran altos, muy altos y rígidos, de frondosas copas puntiagudas como cipreses, pero mucho más oscuros, como hechos de negra hojarasca y tétricos troncos color de la noche.

—Vamos, no seas cobarde —habló a su montura, decidido, desenvainando la espada—. Vamos allá de una vez, sea cual fuere la naturaleza de ese muro de vegetación, maldito seas…

Un nuevo sonido, como de relincho desesperado, escapó de las fauces trémulas del animal. Evidentemente, algo allí le causaba un terror sin límites. Danak se apeó, irritado. Apenas lo hubo hecho, el animal emprendió un furioso galope en sentido contrario, remontando al fin el vuelo, y dejándole solo, tras caer de su lomo el fusil ametrallador por su propio peso.

Danak se encontró realmente solo en el paraje. Solo ante el extraño bosque que tanto asustara a su montura. La Ciudad de los Asesinos quedaba muy atrás, en la oscuridad, con sus luces perdidas ya en las sombras. La Legión Escarlata no había logrado darle alcance. Pero Danak se preguntó, preocupado, qué sería peor: si la Legión... o el bosque negro.

Avanzó, decidido. Una piedra emergía de la tierra, como un poste grabado. Leyó los caracteres cuneiformes, en aquella especie de indicador:

BOSQUE DEL DÉDALO
VIAJERO, VUELVE ATRÁS
LA MUERTE TE ESPERA

Sonrió. Era una amenaza inquietante. O un aviso prudencial para todo viajero que se aventurase, como él, sin conocer la región por la que viajaba,

—El Bosque del Dédalo... —susurró Danak, pensativo. Clavó sus ojos graves y penetrantes en la cada vez más cercana masa de espesura—. Bien... Veremos cuál es el peligro que encierra, puesto que sé que éste es el camino hacia Iris, el camino que Sirkam desea que yo recorra sin importarme los obstáculos... Sé tantas cosas sin saber por qué llegué a su conocimiento...

Y siguió adelante, decidido a todo, espada en mano. Sin olvidar en su brazo zurdo el liviano y práctico fusil ametrallador, tan eficaz ante peligros como aquel acoso de las docenas y docenas de mágicos reptiles asesinos. Por desgracia, quedaban ya tan escasas municiones en su depósito...

Danak alcanzó la floresta negra. Sus piernas firmes no vacilaron. Adentróse en la jungla, como lo había hecho ya otra vez, allá en el Iraq, jugándose la vida a un solo envite, sólo para conseguir un documento gráfico de gran valor.

¿Qué no haría ahora, en la Luna de Thorgan, por salvar a una mujer de hermosura sobrehumana de las garras de la oscuridad y del terror? Una deidad de siniestro aspecto le había donado, a cambio, la salud y la vida, anulando con hechicerías inconcebibles la existencia de un tumor mortífero en su cuerpo. A cambio de ello, estaba su promesa de luchar por Sirkam, salvando a su sacerdotisa Iris del poder de la Diosa de la Oscuridad.

Danak cumpliría su promesa. O moriría en el empeño. Si es que

en aquel tétrico mundo de brujería y de lo sobrenatural, no existía una suerte peor aún que la misma muerte, para el guerrero vencido.

La hojarasca negra crujía ya bajo sus sandalias de guerrero de Thorgan. Aparentemente, y en principio, todo era igual que en cualquier bosque de la Tierra. Sólo que allí no olía a vegetación, sino a sangre y a muerte. Y a lóbrega oscuridad llena de humedades y de extraños hedores.

Una claridad tenue comenzó a despejar su camino por entre la densa selva. Miró hacia el cénit, hacia la noche estrellada y lúgubre que dejara atrás, y que sin duda continuaría, insondable, por encima de las frondas de la arboleda.

Thorgan estaba emergiendo en el cielo. De ahí la claridad azulina, fantasmal. En vez de dar una dimensión más grata y apacible al paisaje, incrementó sus matices tenebrosos. El contraste de luz y sombra, en la espesura, se hizo casi siniestro.

Extraños juegos de sombras bailoteaban en torno a Danak, como si poco a poco despertaran los árboles y sus ramajes a una vida imposible, moviéndose a impulsos del movimiento mismo del planeta Thorgan, enorme y luminoso en el firmamento de aquella lejana Galaxia, para amedrentar más al osado viajero.

El suelo se hizo más blando y esponjoso, como si filtrara agua o fuese pantanoso, a medida que se adentraba en su hermético laberinto de vegetación oscura. Sus pisadas ya no hicieron ruido, ni chascaron más hojas bajo las recias sandalias de soldado.

La arboleda se hizo menos abundante y frondosa. En su lugar, bellas flores, esplendorosas masas de vegetación de tropical apariencia, fueron tiñendo de colores fantásticos las sendas de una especie de gigantesco y bellísimo jardín selvático, creado por el mejor jardinero del Universo: la propia Naturaleza.

Empezó a comprender por qué llamaban a aquel mundo vegetal, El Dédalo. Era un auténtico laberinto de sendas floridas, conduciendo a alguna parte... o a ninguna. Los tonos púrpura, azules y dorados de sus extrañas flores y sus tallos espinosos, emergiendo por doquier, como una lujuriosa explosión tropical, le rodeaban, dando al paraje aires de gran belleza y sugestión, embalsamando el aire con un perfume pegajoso y dulzón. Pero, a la vez, convirtiendo la senda en un auténtico y enloquecedor dédalo de caminos iguales entre sí, confusos y torturantes para quien

pretendiera orientarse en ellos.

Repentinamente, Danak se paró en seco, sintiendo que se le erizaban los cabellos.

Otro horror increíble cobró forma súbita ante él.

CAPÍTULO VII

Las Flores Del Mal

Las flores. La espesura toda. La vegetación hecha de arbustos, hojarasca negra, plantas bellísimas de radiante color. Tallos espinosos, verdes y azules...

Todo el bosque. Todo el dédalo hermoso y deslumbrante.

Todo se estaba moviendo sobre la tierra blanda y húmeda.

El bosque avanzaba hacia él. Se cerraba. Se hacía compacto. Las flores rozaron su epidermis. Los tallos arañaron con sus espinos las piernas. La hojarasca agitó su rostro y sus brazos, como manos golpeándole...

Una especie de murmullo sordo, de balbuceo siniestro, de alucinante lloriqueo, brotó por doquier. Estremecido, Danak observó que aquellas flores se adherían como ventosas a sus músculos, inmovilizándole e inyectando algo dulzón y adormecedor en sus venas. Las espinas rascaban su piel brutalmente, llenándole de profundos, dolorosos arañazos, de los que goteaba la sangre.

Los tallos más flexibles y largos, como serpientes vegetales dotadas de vida propia, se enroscaban a sus miembros, golosos y ávidos, para dominarle y reducirle a la impotencia.

Más allá de aquellas frondas repentinamente transformadas en criaturas vegetales de vida propia y de pavorosa glotonería y crueldad, los ojos dilatados de Danak descubrieron ahora la aterradora presencia de formas blancas y peladas, blanqueando a la luz azul de Thorgan, el planeta de la noche.

Huesos. Cráneos. Calaveras y despojos humanos. Esqueletos limpios, sin apenas otra huella humana que mechones de cabello, armas oxidadas y cascos o corazas...

Soldados, hombres, viajeros que se adentraron en El Dédalo, en el laberinto florido y mortal. Danak supo ahora cuál era su destino,

si dejaba que aquella masa viviente y terrible de vegetales voraces, le redujeran a la impotencia.

Furioso, forcejeó con las plantas. Sus vigorosos brazos hicieron girar la espada en todas direcciones, segando tallos y desgarrando flores cuyos pétalos mortíferos saltaban, reventados, y de sus corolas escapaba una especie de humor lechoso, como sangre blanca y espesa, brotando de los seres vivos de vegetal naturaleza.

Pero por cada tallo que hendía el acero, surgían docenas de ellos, enroscándose rabiosamente a sus brazos y piernas. Por cada flor destrozada, emergían malignamente de entre la espesura, centenares de ellas, despidiendo aquel vaho pegajoso y embriagador, que iba adormeciendo sus embotados sentidos.

Iba a ser vencido. Y ser vencido significaba ser alimentó para las flores, ser devorado por la espesura maldita. No salir nunca del negro bosque.

Como una visión, como soñar despierto, allá en las sombras de la floresta, pareció flotar una tenue, luminosa humareda plateada... Y en ella, emergía el cuerpo esplendoroso de una mujer de cabellos de plata y ojos jaspeados. Una mujer que le miraba, insondable y patética, extendiendo hacia él sus brazos, implorándole fervorosa, esperanzada:

—Danak... Danak, sálvame... Ven... Te espero, Danak..., ¡lucha y ven hacia mí, te lo suplico...!

Ahora no dormía. No era un sueño, aunque sí vivía una espantosa pesadilla, la peor imaginable. Iris le llamaba. Iris aparecía ante sus ojos, acaso producto del narcótico meloso de las flores siniestras... Acaso real, como una llamada mágica de la lejanía.

—¡Iris! —rugió Danak, sintiendo su cuerpo bañado en sangre y en dolor, debatiéndose exasperado entre las plantas dominadoras—. ¡Iris, aquí estoy! ¡Iré a ti! ¡Iré a ti, pese a todo lo que se me oponga en el camino! ¡Malditas flores asesinas, maldita vegetación hambrienta de carne humana! ¡Yo os aplastaré, lo juro! ¡Lo haré!

Y arrojando de su cansada mano la espada, requirió la única ayuda posible en aquel trance, si es que ello servía de algo ya. Aferró el fusil ametrallador. Puso su capacidad de disparo a tope. Y apretó el gatillo contra sus propios pies, apuntando a las flores más bellas y a los tallos más fuertes.

Crepitó el arma rabiosamente. Balas de la Tierra restallaron

entre detonaciones en el mundo arcaico de Tenebra, la luna de Thorgan. Una ráfaga furibunda de proyectiles desgarró plantas por doquier, reventó flores... y con una especie de zumbido restallante, hizo estallar una forma hinchada, de hojas erizadas de púas, que palpitaba bajo la espesura, a ras de la blanda tierra del bosque infernal.

Hubo como un aullido, como el gemido de algo humano, herido de muerte. De aquella fofa esfera vegetal, desgarrada a balazos, escapó un denso líquido púrpura, como sangre extraña de un desconocido ser vegetal. Y la fuerza toda escapó como por magia inconcebible de todos los tallos y flores malditas.

Cedió la presión, cayeron los tallos, se mustiaron las flores, y el silencio y la quietud volvieron al bosque. A los pies de Danak, un charco púrpura era absorbido por la húmeda tierra, y los restos de la hinchada forma palpitaban en una rara agonía.

—Cielos, qué horribles criaturas posee este mundo... —jadeó Danak, horrorizado, sosteniendo aún su humeante arma de fuego, salvadora una vez más ante terrores desconocidos, que ningún otro guerrero de Tenebra hubiese podido vencer.

Y comprendió por qué la intuición superior de la deidad negra de Ilia había confiado su misión y su esperanza de triunfo en un extraño, en un desconocido arribado de lejanos planetas en una fabulosa transposición de materia a través de! Universo.

Si alguien era capaz de llegar hasta Iris y rescatarla, venciendo a Aura la demoníaca, ese alguien... era él, Daniel Akman. El hombre bautizado en Tenebra como el guerrero Danak del Sol.

Otro enemigo poderoso y siniestro, la criatura vegetal que dotaba de vida a las plantas del Dédalo, había caído. Miró su fusil ametrallador. Abrió la recámara, preocupado, sin acordarse siquiera de los numerosos regueros de sangre que corrían por sus brazos y piernas copiosamente, recuerdo doloroso de su feroz pugna con el bosque viviente.

Echó a andar, tambaleante, tras recuperar su espada. Sólo cinco balas. Las cinco últimas balas del arma automática. Nunca podría tener más, salvo fabricándolas él mismo en una forja, y encontrando pólvora y fulminantes allí, en Tenebra. Pero ahora, en su viaje hacia el reino oscuro y desconocido de la Diosa Aura, no tenía más proyectiles. Solamente aquellos últimos cinco, dentro de la

recámara de su fusil ametrallador, tan poderoso en la Luna de Thorgan como podía serlo la magia de los seres de aquellos mundos.

—Iris, voy a ti... —susurró, mirando a las sombras del frondoso bosque, ahora callado y tranquilo, envuelto en nocturna luz azul. De la fugaz visión de la hermosa criatura de cabellera plateada, no quedaba nada, salvo la imagen bellísima en la mente de Danak. Era suficiente para él. Insistió, lleno de fe y de firmeza—: Voy a ti, Iris, criatura angelical...

Y avanzó.

Avanzó siempre, hasta dejar atrás la espesura negra, y asomar de nuevo a un llano despejado, de arbustos escasos y de aparente sosiego y paz, bajo la azul esfera gigante de Thorgan, convertido en luna de su propia luna.

Decidido, dio un paso adelante, para pisar con firmeza la llanura y avanzar a través de aquel yermo, hacia nuevas tierras ignoradas.

Su pie se hundió en la tersura del suelo. Luego, fue su pierna la que resultó engullida por el llano de engañosa calma. Lanzó una sorda imprecación e intentó echarse atrás, con todas sus fuerzas puestas en el impulso.

Resultó inútil. Su cuerpo se venció adelante, atraído por el suelo que cedía, engullendo implacablemente su pierna izquierda. Empezó a hundirse también su pie derecho, su pantorrilla, su muslo... El cuerpo todo fue absorbido, atraído por una fuerza incontrolable que emergía de la tierra dúctil, maleable, blanda y voraz.

—¡Arenas movedizas! —jadeó Danak—. ¡Un pantano de muerte!

Así era. Pero lo había descubierto demasiado tarde. La viscosa presión mortífera de las tierras movedizas, oprimía ya su caja torácica. Solamente sus manos y cabeza asomaban fuera de aquella llanura hambrienta.

Y dentro de escasos segundos, ya ni eso quedaría fuera. Con unas simples burbujas, su cuerpo todo sería absorbido definitivamente.

Esta vez, no había arma alguna capaz de salvarle de aquel enemigo solapado, mortífero, agazapado en la nada, en el propio suelo aparentemente inofensivo...

* * *

Danak se dispuso a morir. El hecho de mantener en vilo, en su mano derecha, el fusil ametrallador, de nada servía esta vez. Las balas no podían vencer a un pantano. La fuerza de sus músculos y la furia de su desesperación, no eran armas para oponerse a la succión progresiva y aplastante de las tierras movedizas que le engullían.

—Iris... —jadeó, sintiendo ya la blandura viscosa y repugnante del suelo voraz, tocando ya su garganta, bajo la barbilla. Elevó los ojos hacia el planeta Thorgan, gigantesco y azul, insensible a su destino final en tan remotos mundos. Susurró amargamente—: Iris, no podré nunca... liberarte... El Mal vence... una vez más...

Ya las tierras blandas, movedizas, hambrientas, tocaban su labio inferior. Iba a desaparecer en el fondo infinito del pantano mortal. Jadeó aún, roncamente:

—Oh, Dios Sirkam... Sabes que lo intenté todo. No pudo ser. Si tu propia fuerza superior, tu magia inmensa no puede salvarme de aquí..., ¿cómo hubiera podido hacerlo yo, pese a mi esfuerzo por servirte lealmente?

Y esperó la succión definitiva, que le enviaría al interior de las tierras blandas, al lecho de muerte cierta...

Sus pensamientos fueron para la negra efigie de piedra de Sirkam, que hizo posible con sus poderes mágicos el gran viaje a las estrellas. Y para Iris, a quien nadie arrancaría ya a su oscuro destino.

Justamente entonces, cuando evocó la negra estatua viviente de Sirkam, la deidad de Thorgan, sucedió el prodigio.

Fue como si su lealtad recibiera el premio merecido. Como si el poderoso y enigmático Sirkam no abandonase totalmente a su servidor y soldado en apuros. Como si los poderes misteriosos e intangibles de la hechicería de Thorgan actuaran sobre las leyes naturales a capricho.

Porque, súbitamente, la tierra absorbente y blanda se hizo firme y dura. Pero cediendo a sus esfuerzos titánicos, abriéndose y resquebrajándose como un reseco y quebradizo material,

Danak se encontró hundido en un pozo que se agrandaba a su alrededor. Sus pies pisaban ya un suelo firme y sólido, que no cedía. En torno a su piel sudorosa, no había lenguas voraces de tierra blanda y deslizante, sino una superficie dura y crujiente que cedía a sus empujes, agrietándose y haciendo mayor el pozo en que se

encontraba.

Emerger de él escalando sus paredes hendidas, fue tarea sencilla. Danak se encontró en la dura superficie que antes formaran las blandas tierras deslizantes. La llanura toda era una inmensa extensión árida y reseca, donde crujieron sus pies, moviéndole con paso elástico y firme hasta el límite del amplio pantano.

Allí, junto a un árbol y una gran charca de agua que no tocó ni siquiera quiso probar, pese a que la sed resecaba sus labios y garganta, cayó, agotado por el esfuerzo, dejando caer a tierra su cámara fotográfica, su fusil ametrallador y su espada, incapaz de soportar más su peso.

Un chasquido en las aguas de la charca fangosa le hizo girar la cabeza con cierto sobresalto, temiendo otro nuevo peligro.

Y, ciertamente, lo hizo muy a tiempo y con toda razón.

De la charca cenagosa emergía «algo».

Una forma viviente increíble y aterradora. Una vez más, Danak se enfrentó, agotado como estaba por el reciente esfuerzo titánico, sin tiempo siquiera para dar gracias a Sirkam y su magia, a un nuevo horror capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera.

—¡Un…, un ser de fango! —masculló Danak, lívido.

Eso expresaba claramente la naturaleza insólita y terrible de aquella nueva criatura digna de la peor de las pesadillas.

Una forma viviente, chorreante, oscura y fétida, hecha de pellas de barro, matojos verdosos y pululantes gusanos que removían la blandura de la forma casi humana, pero ancha y goteante, pastosa y oscura, de informe cabeza, inexistente rostro y extremidades alargadas y deformes como las de un orangután.

Pero todo él estaba hecho de barro maloliente, pastoso. Barro vivo, dotado de inteligencia y ferocidad acaso. Barro que se movía hacia él, en aquella forma de escultura de blanda arcilla viviente, dejando un reguero pastoso en el suelo, a medida que unos informes bultos, como piernas achatadas, iban aplastando los hierbajos… y calcinándolos, dejándolos como negruzcos y corroídos tallos pegados a la tierra.

¡Aquella criatura de horror no sólo era una amenaza fea y repulsiva, fuera de todo lo imaginable, sino que despedía un hedor abrasador, corrosivo, que todo lo quemaba y destruía!

Danak, con los cabellos erizados, se incorporó. La proximidad de

la «cosa» le hizo sentir un vaho ardiente y ácido, como si en vez de barro estuviese hecho de vitriolo puro. El roce con «aquello» significaría su muerte cierta.

Se preguntó, de nuevo, qué clase de arma le daría un margen de posibilidades ante la bestia inmunda e informe. Retrocedió, con su fusil en una mano y la espada en la otra. Probó con esta última, lanzando un mandoble a la «cosa» de barro vivo.

Gritó, soltando el arma, que centelleaba, como sufriendo una tremenda descarga eléctrica. Y así había sido. La energía corrosiva de la bestia de barro, era como alto voltaje, y el acero se convertía en perfecto conductor de aquella mortífera energía. De haber durado algo más el contacto de la espada con el barro, del que había logrado arrancar sin embargo una gruesa pella que humeaba en tierra, Danak hubiera muerto carbonizado.

Contempló rabioso a aquel ser, cuya mutilación no parecía afectar grandemente. Seguía su implacable avance hacia él. Y era un avance que significaba inexorablemente la muerte a corto plazo.

Cada peligro, cada adversario que surgía en aquella andanza siniestra, parecía siempre más fuerte y terrible que el anterior. Pero en esta ocasión, no podía esperar otro milagro mágico, y era él mismo, con sus recursos, quien debía poner a prueba su valía y demostrar a quienes confiaban en él que era capaz de cumplir lo prometido y llegar al final… o morir en el empeño.

Esa convicción firme le llenó de furia y de coraje. Decidido a luchar como fuese, puso de nuevo su fusil ametrallador en disparo reducido, esta vez individual, puesto que las cinco últimas balas de la recámara no daban ya para más.

De ese modo, avanzó Danak hacia su enemigo, arma en ristre, la decisión en sus ojos, la mano crispada sobre la guarda y el gatillo. Luego, oprimió éste una sola vez.

La bala brotó con un estampido seco. El monstruo de fango se agitó, abriéndose un orificio en su forma. Orificio que pronto se cerró de nuevo, continuando su avance hacia Danak. El hizo otros dos rápidos disparos, aun con la angustiosa convicción íntima de que no lograba nada cosiendo a balazos a una forma de puro fango, incapaz de tener tejidos vivos ni cosa parecida. Solamente un siniestro sortilegio de las tenebrosas fuerzas del mal a las que él se enfrentaba ahora, podían mover aquella masa informe y atroz con

una falsa forma de vida que le impulsaba sólo a destruir, a corroer, a matar...

—Las fuerzas del mal... —jadeó—. Sortilegios, magia negra, perversidad... Dios mío. Si la creación toda es lo mismo, si el bien y el mal son paralelos e idénticos, sea cual sea el mundo en que uno se halle y la forma bajo la cual se presenten..., ¿por qué no se me ha ocurrido antes? Si la magia y la hechicería son formas arcaicas de poder y de ciencia, si este mundo vive en un ámbito tenebroso de brujos y de supersticiones, de malignidad y de artes ocultas frente a la eterna fuerza del bien..., ¿por qué no apelar también al procedimiento arcaico, no científico, pero sí limpio y simbólico, que es por sí solo la forma en que el hombre luchó siempre contra las fuerzas de la oscuridad? Quizá de este modo..., donde la ciencia y la fuerza física fracasan..., el bien triunfe en su simbolismo auténtico y supremo...

Y sin vacilar, Danak, a la desesperada, se precipitó ahora sobre la espada. La tomó con una mano, sin soltar con la otra su fusil ametrallador. Elevó sobre su cabeza y ante sí ambas armas. Los dos rígidos cuerpos metálicos fueron repentinamente cruzados en aspa ante la «cosa» de barro surgida de la charca.

Las dos piezas formaron una cruz.

La cruz...

Y sucedió. El poder de las tinieblas acusó el impacto. Enfrentado a algo que estaba por encima de tiempo y espacio, que era el mismo signo del bien en toda la creación, la informe masa de barro emitió una especie de ronco aullido... y reventó en partículas humeantes y fétidas, desmoronándose en el suelo como una vulgar masa de arcilla rota de un manotazo.

Danak, sudoroso, lívido, desencajado, contempló lo que quedaba de la infernal criatura, y supo que había acertado. El arma más demoledora para el mal, habíase elevado en sus brazos como devastador instrumento al servicio de una causa justa y noble.

La cruz, una vez más, dispersaba y vencía a los príncipes de las tinieblas.

—Dios mío... —susurró Danak cayendo de rodillas, sudoroso, destrozado—. Dios mío, gracias. No podía haber error. No podía haberlo...

Cerró los ojos.

Algo musical, melodioso, lejano, llegó a sus oídos. Danak abrió de nuevo los ojos, sorprendido.

Miró ante sí, a la distancia. Y lo vio.

Vio ahora, a la luz azul de Thorgan, algo que anteriormente había eclipsado una misteriosa bruma gris, una neblina repentinamente desgarrada, acaso al influjo mismo que abatiera a la criatura de fango mortal.

Allá, al fondo, en la distancia, se erguía la negra silueta de un extraño y complejo castillo de formas curvas y enloquecedoras. Un castillo sobre el cual siete torreones en forma de cabezas de griffos mitológicos se elevaban como si todo el recinto enigmáticamente aparecido ante su vista, fuese un enorme monstruo de piedra dotado de siete malignas cabezas.

Danak supo, en ese preciso momento, que estaba ante la propia guarida de la diosa Aura. Ante la madriguera de las sombras y del terror.

Una luz centelleó en su mente, iluminándola. Bruscamente, se estaba enfrentando a su destino final.

Allá, entre aquellos muros, se encontraba la diosa Aura. E Iris, la hermosa cautiva.

Y el triunfo. O la muerte.

Se irguió, dominando su fatiga y su agotamiento. Recuperó sus armas. Emprendió la marcha, rígido y decidido.

En dirección al castillo de los siete griffos. Como si la noria hubiese dado la vuelta completa, para volver a su principio.

Porque todo empezó para él en Tenebra, en una posada con siete griffos de muestra. Fue como un símbolo, como la clave misma del final. Todo iba a terminar ahora en el castillo de los Siete Griffos.

De eso estaba bien seguro. Pero no retrocedió. No vaciló un solo instante. Siguió avanzando, imperturbable, con paso firme y elástico.

Hasta que los altos muros de negra piedra reluciente le detuvieron.

Alzó la cabeza. Escudriñó la pared de piedra lustrosa. Había llegado al castillo. Había llegado a los dominios de la oscuridad.

Había llegado, en suma, a su propio destino.

CAPÍTULO VIII

El Bien Y El Mal

Quiso perpetuar ese momento.

Tomó su cámara «Polaroid», en un impulso súbito. Disparó una placa. Era la fotografía de un mundo incógnito y tal vez inaccesible para cualquier otro ser humano. La fortaleza del mal.

Quedaría perpetuado ese instante en su cámara. Con una fotografía en color que sería, si vivía, el recuerdo de su mayor victoria. Y si moría, alguien en Tenebra encontraría alguna vez la prueba de que llegó hasta el final, aunque sólo fuese para ser vencido.

Danak, repentinamente, se sintió observado. Unos ojos estaban fijos en él desde alguna parte. Elevó la mirada hacia las almenas entre las que se alzaban, como monstruosas gárgolas verticales, los siete griffos de sus torreones.

—Cielos... —musitó. Y esta vez su mano disparó, sin quererlo siquiera, una segunda fotografía, llevado por un maquinal impulso de su diestra estremecida de asombro y horror—. ¡Tú...!

La contempló, atónito.

Ella otra vez. Viva, como si la muerte misma no pudiera vencerla. Hermosa, fría y perversa, maligna su verde mirada, sensual y hermosa hasta la maldad...

¡Zyra, la danzarina de la posada de los Siete Griffos!

Zyra, la mujer-sierpe, la señora de la oscuridad...

—Zyra... —susurró, estremecido—. Ahora entiendo... La posada no era casual... Los Siete Griffos... Tu propio símbolo... Tú..., ¡tú eres Aura, la diosa del mal!

Por toda respuesta, aquella hermosa e impúdica mujer asomada en obscena desnudez, envuelta en velos carmesí, translúcidos, entre las negras almenas de su castillo maligno, soltó una larga, hiriente

carcajada.

Luego señaló a otro punto, a un torreón en forma de cabeza de griffo mitológico. Su voz restalló en terrible aviso para Danak:

—¡Mira, guerrero extranjero! ¡Mira lo que va a ser de la criatura a quien pretendes liberar! ¡Mira lo que mis gentes harán con ella ante tus propios ojos, condenados a cegarse después para siempre bajo mi poder absoluto!

Danak miró, horrorizado. Los cabellos se le erizaron. Un escalofrío recorrió su espina dorsal violentamente. Un grito ronco escapó de sus labios agrietados, resecos:

—¡Iris!

Iris... Era ella. Iris, tal como la veía en sus sueños y visiones. No, no era imaginación. Ni idealización. Era ella. Iris misma, de platinados cabellos, de hermosos ojos jaspeados, de cuerpo virginal y exultante de belleza y esplendor...

Iris, ahora en cuerpo y alma, viva ante él. Pero no por mucho tiempo.

—Maldita arpía... —jadeó Danak, sin saber qué hacer—. ¡Suelta a esa criatura, Zyra, Aura o como quieras llamarte!

—Nunca, Danak... ¡Ella va a morir! Y morirá como yo lo deseo. Mi poder no tiene límites. Mi magia es engañosa y trastorna las mentes de los hombres como puede trastornar la tuya. Nunca, nunca, salvarás a Iris... ¡Mira bien!

Estaba mirando bien. Iris, cautiva. Iris, sometida a la inmovilidad de unas cadenas que no eran sino vivientes culebras negras, sibilantes y feroces, enroscadas a sus brazos y piernas virginales.

Estaba rígida, sujeta a la cabeza de griffo como a un poste de tormento. Y en torno a ella, repulsivos hombres-lagarto, seres de cuerpo escamoso y larga cola, de extremidades humanas con garras de saurio, y cabeza de humanoide con escamas por cabello, danzaban una especie de ritual sangriento, mientras sus zarpas iban arañando la carne tersa y rosada del hermoso cuerpo.

Uno de los hombres-lagarto, el más grande y poderoso de todos, sujetaba en su garra escamosa de saurio una larga, puntiaguda y triangular piedra negra, empapada de rojo oscuro y seco. La piedra de los sacrificios. Zyra reía como una demente, erguida entre las almenas, abiertos sus brazos en aspa, hacia los cielos

repentinamente nubosos y sombríos. En la lejanía retumbó el trueno, y el azul planeta Thorgan se cubrió de nubes.

—¡Mira, Danak! ¡Verás morir a Iris, sacerdotisa del bien, con su corazón hendido por la piedra negra del sacrificio! ¡Esa piedra destrozará su corazón y lo arrancará para que, palpitante, sea devorado por mis hombres-lagarto, y luego su hermoso cuerpo será despojo para mis ratas voladoras, que harán de ella su festín en los fosos del castillo!

—¡Deten ese sacrificio, en nombre de Dios, Zyra! —aulló Dának, mientras un viento desolador agitaba sus cabellos y ropas, y hacía flotar los tules carmesí sobre el cuerpo turgente de Zyra, cual llamas del propio infierno—. ¡Aura, no prosigas o la fuerza del cosmos se abatirá sobre ti, teniendo mi brazo por ejecutor!

—¡Tu brazo no es demasiado fuerte para mí! —gritó Zyra-Aura ebria de placer, sedienta de sangre, señalando hacia el lugar dantesco del sacrificio—, ¡No pueden nada tus balas contra mí, entiéndelo! ¡Vamos, dispara, haz la prueba y verás tu fracaso!

Disparar... Danak tembló. Si eso no podía detener al mal, nada lo haría. No poseía otras armas. Quiso apelar de nuevo a la cruz, y el viento se hizo huracán y le derribó de espaldas, arrancándole la espada de la mano.

Trató de recuperarla y la espada, como si fuese de frágil y liviano papel, se alejó dando tumbos en el aire. Se quedó solo, tendido en tierra, con su fusil ametrallador en la mano. Con sólo dos balas en la recámara... y enfrentado a los poderes nefastos de las tinieblas, que iban a sacrificar a Iris ante sus propios ojos, como un desafío supremo al poder de Sirkam y al de toda fuerza viviente.

El viento había causado un destrozo. Danak contempló indiferente su cámara «Polaroid», destrozada contra las piedras oscuras que circundaban la fortaleza del miedo. Ahora ya no le importaba la valiosa pérdida.

La tapa de la recámara habíase abierto. Colgaban las dos últimas fotografías, automáticamente positivadas. La negra fortaleza... Y con fidelidad magistral de color y encuadre, la visión dantesca de las dos mujeres arriba.

Los hombres-lagarto eran sólo como sombras gelatinosas, como humaredas vagas. La fría visión de un objetivo fotográfico no captaba las formas de la magia y del poder oculto. Danak

comprendió que su cámara sólo fotografiaba la realidad de las cosas, no lo que las mentes controladas o sugestionadas creían ver.

—Dios mío... —miró con horror la fotografía en color que tenía ante sí, con Zyra y con Iris captadas por la cámara fielmente.

Y aquella simple imagen fotográfica le dio la clave de todo. Su mente se abrió a la luz. Miró al castillo, donde el sacrificio iba a consumarse. Alzó el fusil, apuntando con su rígido cañón a Zyra. Ella reía como una posesa, abierta de brazos, ofreciendo su pecho al disparo de Danak. Le desafió, triunfal, demoníaca:

—¡Tira, Danak, tira! ¡Vamos, dispara inútilmente sobre mi corazón, y comprenderás cuál es tu gran fracaso! ¡Entonces verás las cosas como son, y sabrás cuál es mi auténtico y terrible poder! ¡No puedes destruirme! ¡No puedes destruir a Aura, la diosa de la oscuridad...!

Y reía, reía, reía...

Danak pestañeó, apuntándola fijamente con su arma automática. Sólo dos balas... No podía errar. Gotas de sudor perlaban su frente y caían sobre sus ojos, empapando las pestañas.

Aun así, apuntó con pulso firme. Al otro lado del punto de mira, los senos apetecibles de Zyra eran el blanco...

Luego, de súbito, Danak giró el arma. Apuntó a la rubia, platinada, hermosa y virginal figura de Iris, la cautiva. Apuntó... ¡y disparó!

* * *

Algo terrorífico siguió al disparo certero de Danak.

La bala se incrustó mortalmente entre los dos ojos de la hermosísima Iris. Otra bala, la segunda, brotó del rifle, perforando el corazón de la hermosa criatura cautiva.

Hubo como un temblor violento en toda la fortaleza. Un alarido horripilante, un grito inhumano, bestial, feroz, brotó de la boca convulsa de la bellísima criatura, herida de muerte por dos veces.

De su boca crispada surgieron repentinamente verdosas babas, culebras pequeñas... Su cabello se hizo todo él un mar de delgadas culebras viscosas... Un rostro hediondo y purulento suplió a la virginal belleza de la muchacha del platinado cabello... Las sierpes negras de sus muñecas y tobillos se disolvieron en humo. Alaridos estremecedores brotaron de las bocas de los hombres-lagarto, repentinamente reventados en un vapor verde y pastoso que se

elevó al cielo nublado. Las nubes mismas se quebraron, disolviéndose en segundos.

El viento cesó, mientras el castillo crujía y se tambaleaba, como en un gran terremoto que hiciese temblar el suelo de Tenebra, la Luna de Thorgan.

Zyra, la danzarina, la que desafiara a Danak, la que se proclamase a sí misma diosa de las tinieblas, gritó agudamente y cayó, dando volteretas, hacia el suelo desde lo alto de la negra fortaleza, para encontrar abajo los fuertes, musculosos brazos de Danak, que recogían su cuerpo moreno, broncíneo y turgente, salvándola de una muerte cierta.

Arriba, Iris era ya una pulpa informe y viscosa, chorreando sangre y babas hediondas, corriendo como una masa repugnante arriba y abajo, entre un clamor dantesco de voces ululantes que surgían de todas partes…

—Las fuerzas del mal… —susurró apagadamente Zyra en sus brazos, con los ojos cerrados y sus carnosos labios entreabiertos—. Son las voces de la oscuridad, las fuerzas de la sombra que claman su desesperación… Tus balas…, tus balas destruyeron el cerebro y el corazón de la diosa Aura. Inteligencia y fuerza fueron destruidas con esas balas, Danak…

—Lo sabía —jadeó el guerrero—. Algo me lo dijo, en el momento de apretar el gatillo. Era el destino. Era la voz de Sirkam… Debía de hacerlo.

—Sirkam… —musitó ella roncamente—. Sirkam nunca existió realmente…

—¿Qué?

—Era sólo un ídolo de milenios. La brujería de Aura me convirtió a mí en estatua de piedra. Yo era Sirkam, Danak, Y sólo invitándote en su nombre a venir aquí sería posible vencer la magia perversa de Aura. Con tus propias armas y tu inteligencia y voluntad… Pero su magia era poderosa. Ella alteraba las imágenes en tu cerebro… Cuando creías estar con Zyra en la ciudad de los Asesinos…, era con Aura con quien hablabas, a quien besabas… Aura hecha reptil… Aura era…, era Iris, ¿lo sabías?

—No. No lo supe hasta hoy. La virginal Iris… era Aura. Y tú, Zyra…, eras realmente la sacerdotisa del Bien, sometida a los sortilegios nefastos de Aura, la princesa del Mal… Eran imágenes

cambiadas. Si hubiera disparado mi rifle sobre ti, como ella te hacía decir, poseyendo tu físico con su mente poderosa y haciendo aparecer a su cuerpo de virgen aparente como el de la víctima..., ¡yo te hubiera asesinado sin remedio, Zyra!

—Sí, Danak. Sólo que... los nombres también se cambiaron. Zyra fue solamente una auténtica bailarina cuya identidad me hizo adoptar... Yo me llamo Iris. Ella... era solamente Aura la maléfica... Era el físico lo que te hacía pensar que Iris era así. Su imagen te era enviada en tus sueños, en tus vigilias... Creías que así era Iris... y te hacía odiar la figura de Zyra, de Iris en realidad, para que al verme tú me destruyeras por ti mismo. Decía la profecía que eso le daría el poder definitivo sobre estos mundos...

—Pero no me engañó. El final ha sido ése... —Danak señaló el castillo negro, ahora hecho ruinas—. La falsa Iris ha muerto. Aura y su negra ciencia desaparecieron para siempre, Zyra. ¿O prefieres que te llame Iris?

—Sí. Prefiero mi nombre auténtico —sonrió ella—. Pero... ¿cómo supiste...?

Danak caminó hasta su cámara «Polaroid». Alzó una fotografía del suelo. La mostró.

—Mira, Iris. Un hombre puede ser cegado por la hechicería. Una cámara fotográfica, no. Se limita a captar lo que ve. La fría realidad... Ahí, en esa fotografía..., la cámara te fotografió como realmente eres: tú eras Iris... y ella era Aura.

Asombrada, la hermosa mujer miró aquella fotografía reveladora. A medida que el físico moreno y exuberante de Zyra iba tornándose un cuerpo virginal y rosado, con larga melena platinada, al romperse el encantamiento maligno, la fotografía revelaba a sus ojos que una morena mujer de maligna expresión yacía en la gárgola de cabeza de griffo... y en su lugar una hermosa muchacha rubia, medrosa y angustiada, era quien pedía las balas sobre su pecho.

—Cielos... —susurró—. Es cierto. La cámara... no mintió, Danak...

—No, no mintió —confirmó Danak.

Y tomando la dulce carga de la auténtica Iris en sus brazos musculosos, emprendió el camino de regreso. Ahora, ningún sortilegio perverso podía acecharle en el camino.

El mal había sido vencido.

Epílogo

Nos miramos largamente los dos.

—¿Y todo eso… ha sucedido realmente? —pregunté, con voz ronca.

—¿Usted qué cree? —sonrió mi visitante.

—No sé qué creer —confesé.

—Lo suponía —asintió él—. No podía esperarse otra cosa.

—Sin embargo, como relato es válido. Lo publicaré, se lo prometo.

—Gracias. Eso será suficiente. Si visita Londres, alguien le dirá que hubo un enfermo incurable llamado Daniel Akman que desapareció misteriosamente en el Iraq un día. ¿Le bastará eso?

—No lo sé —admití, confuso. Alcé la cabeza, le miré—. Si todo eso fuese cierto…, ¿por qué está usted aquí ahora? ¿Por qué ha vuelto?

—Solamente para comprobar que Iris dijo la verdad —sonrió—. Mi cuerpo está sano. El tumor ya no existe. Varios especialistas me han examinado. No tengo absolutamente nada. Mi vida en Thorgan y sus lunas será larga y feliz,

—¿Con… Iris?

—Con Iris —sonrió, complacido. Me tendió su mano—. Perdone tanta molestia. Me marcho ya. Debo reintegrarme a mi lugar.

—¿Otra… transposición de materia? —sugerí, algo irónico.

—Aunque usted no lo crea…, sí. Otra transposición. Aun hechizada, Iris tenía fuerza en su «otro yo», en su voluntad misma, para crear vida en un ídolo y darme la fuerza necesaria para el…, el «viaje». Eso hizo entonces. Eso se repitió al volver yo. Y se repetirá por última vez ahora. Adiós, amigo mío. Y gracias por todo.

Le di la mano. Mi visitante se marchó. Creo que para siempre.

Cuando salió de casa, me reproché a mí mismo haberle prestado

atención. Todo aquello era una perfecta locura, algo sin sentido.

Después…, vi lo que había dejado sobre la mesa.

Me incliné.

Era una cartulina rectangular. Una fotografía «Polaroid». La giré, con cierta aprensión.

Vi la fortaleza negra. La gran luna azul que era en la noche el planeta Thorgan.

Y dos mujeres entre almenas de forma de cabezas de griffo. La morena y hermosa Zyra. La platinada y bellísima Iris. O al revés. Nunca estaría nadie seguro de eso. Solamente Danak. Y un frío objetivo fotográfico.

Leí las palabras escritas al pie de la foto con un escalofrío:

«Un recuerdo desde las lunas de Thorgan.
Para que crea un poco más en mi historia.»

Corrí al exterior, en busca de Danak. Le busqué por doquier, calle arriba, calle abajo.

No vi ni rastro de él. Miré a las alturas. A miríadas de remotas estrellas.

Tal vez ya estaba allá, más lejos que los asirios visibles.

En su mundo nuevo, del que nunca volvería.

Tal vez…

FIN





Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Notas

[1] Se ha confirmado en recientes hallazgos, y en imágenes captadas desde el aire, que milenarias piedras forman trazados como de pistas o rampas de aterrizaje y despegue, allí donde Mesopotamia conoció la presencia de las antiguas civilizaciones. < <